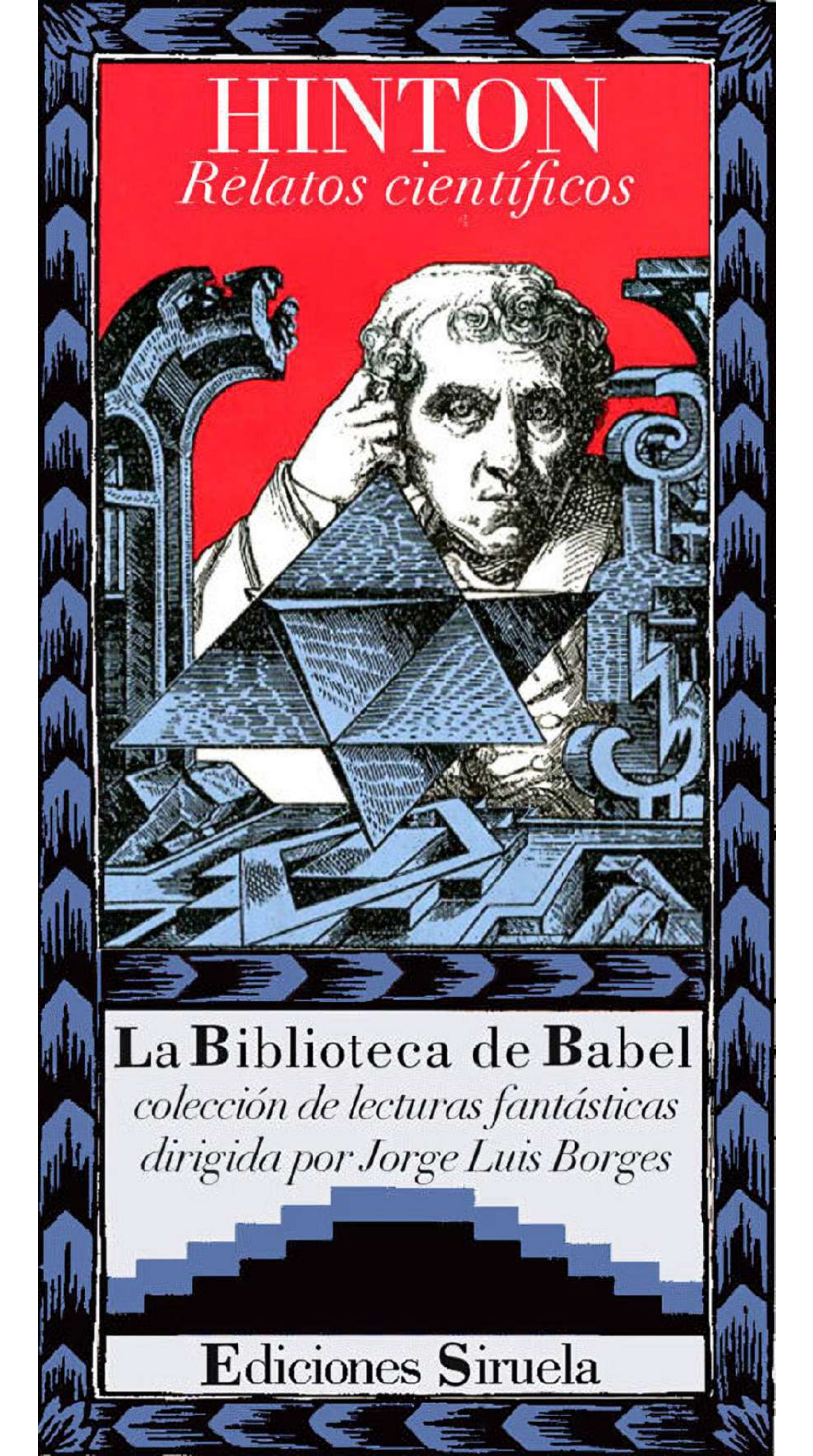

HINTON
Relatos científicos
La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges
Ediciones Siruela

Para ayudar a nuestra imaginación a aceptar un mundo de cuatro dimensiones, Hinton, en el primer relato de este libro, propone un ámbito no menos ficticio, pero de acceso más posible: un mundo de dos. Lo hace con una probidad tan minuciosa y tan infatigable que seguirlo suele ser arduo, pese a los escrupulosos diagramas que complementan la exposición.

The Persian King, el tercer relato de este libro, que al principio parece ser un juego a la manera de Las Mil y Una Noches es, al fin, una parábola del universo, no sin alguna inevitable incursión a las matemáticas.

Hinton tiene un lugar asegurado en la historia de la literatura. Sus Scientific Romances son anteriores a las sombrías imaginaciones de Wells. El mismo título de la serie prefigura de manera inequívoca el oleaje, al parecer inagotable, de obras de science-fiction que han invadido nuestro siglo.

Jorge Luis Borges

## Prólogo

*Si no me engaño, Edith Sitwell es autora de un libro titulado* The English Eccentrics. *Nadie con más derecho a figurar en sus hipotéticas páginas que Charles Howard Hinton. Otros buscan y logran no pocas veces la nombradla; Hinton casi ha logrado la tiniebla. No es menos misterioso que su obra. Los diccionarios biográficos lo ignoran; no hemos hallado más que unas pocas referencias fugaces en el* Tertium Organum *(1920) de Ouspensky y la* Geometry of Four Dimensions *(1928) de Henry Parker Manning. Wells no lo menciona, pero el primer capítulo de su admirable pesadilla*, The Time Machine *(1895), invenciblemente sugiere que no sólo lo conocía sino que lo estudió para su deleite y el nuestro. Debemos hacer notar que* A New Era of Thought *(1888) incluye una aclaración de los revisores del libro en la cual se dice: «El manuscrito que es la base de este volumen nos fue entregado por su autor (Hinton), en vísperas de su partida de Inglaterra hacia un remoto y desconocido destino. Nos dejó total libertad para ampliar o modificar el texto pero hemos usado ese privilegio lo menos posible.» Esta última frase insinúa un probable suicidio o —lo que sería más verosímil— una evasión de nuestro fugitivo amigo hacia esa cuarta dimensión que ya había logrado entrever, según él mismo afirma, mediante una obstinada disciplina. Hinton creía que esta disciplina no exigía facultades sobrenaturales. Daba una dirección en Londres donde el posible interesado podía adquirir, mediante una suma irrisoria, varios juegos de pequeños poliedros de madera. Con estas piezas había que construir pirámides, cilindros, prismas, cubos, etcétera, respetando ciertas rígidas y prefijadas correspondencias de aristas, planos y colores que llevaban nombres extraños. Aprendida de memoria cada heterogénea estructura había que ejercitarse en la imaginación de los movimientos de sus diversas piezas. Por ejemplo, el desplazamiento del cubo rosa-oscuro hacia arriba y hacia la izquierda desencadenaba una compleja serie de movimientos de todo el conjunto. A fuerza de semejantes ejercicios mentales, el devoto lograría intuir paulatinamente la cuarta dimensión.*

*Solemos olvidar que los elementos de la geometría que se aprenden en la escuela primaria parten de conceptos abstractos, que en nada corresponden a la llamada «realidad». Esos conceptos son el punto, que no ocupa espacio alguno; la línea, que cualquiera que sea su longitud, consta de un número infinito de líneas, una*

*adherida a la otra y el volumen, hecho de un número infinito de planos como una baraja infinita. A tales conceptos, Hinton —anticipado por los llamados platonistas de Cambridge, singularmente por Henry More, del siglo XVII— agregó otro: el del hipervolumen formado por un número infinito de volúmenes y limitado por volúmenes, no por planos. Creyó en la realidad objetiva de hipercubos, de hiperprismas, de hiperpirámides, de hiperconos, de hiperconos truncados, de hiperesferas, etcétera. No consideró que de todos los conceptos geométricos, el único real es el volumen, ya que no hay cosa en el universo que carezca de profundidad. Para una lupa y más aun para un microscopio, la partícula más tenue abarca las tres dimensiones. Hinton pensó que hay universos de dos, de cuatro, de cinco, de seis dimensiones y así infinitamente hasta agotar la serie natural de los números. El álgebra denomina 3 al cuadrado a 3 multiplicado por 3, 3 al cubo a 3 X 3 X 3; esta progresión nos lleva a un número infinito de exponentes y, según las hipótesis de la geometría pluridimensional, a un número infinito de dimensiones. Como se sabe, esa geometría existe; lo que no sabemos ni concebimos es si hay en la realidad cuerpos que corresponden a ella.*

*Para ilustrar su curiosa tesis, que fue refutada, entre otros, por Gustav Spiller* (The Mind of Man, *Londres, 1902) publicó varios libros, uno de relatos fantásticos del que se ofrecen dos en estas páginas.*

*Para ayudar a nuestra imaginación a aceptar un mundo de cuatro dimensiones, Hinton, en el primer relato de este libro, propone un ámbito no menos ficticio, pero de acceso más posible: un mundo de dos. Lo hace con una probidad tan minuciosa y tan infatigable que seguirlo suele ser arduo, pese a los escrupulosos diagramas que complementan la exposición. Hinton no es un cuentista, es un razonador solitario que instintivamente se ampara en un orbe especulativo que nunca lo defrauda, porque él es su creador y su fuente. Querría, como es natural, compartirlo; en forma abstracta ya lo había intentado en* A New Era of Thought, *y en* The Fourth Dimensión; *en estas páginas, que pertenecen a* Scientific Romances *(1888), buscó la forma narrativa. A su secreta geometría se unía en él un grave sentido moral; éste se deja traslucir en* The Persian King, *el tercer relato de este libro, que al principio parece ser un juego a la manera de* Las Mil y Una Noches *y, al fin, es una parábola del universo, no sin alguna inevitable incursión a las matemáticas.*

*Hinton tiene un lugar asegurado en la historia de la literatura. Sus* Scientific Romances *son anteriores a las sombrías imaginaciones de Wells. El mismo título de la serie prefigura de manera inequívoca el oleaje, al parecer inagotable, de obras de* science-fiction *que han invadido nuestro siglo.*

*¿Por qué no suponer que la obra de Hinton fue tal vez un artificio para evadir un destino desventurado? ¿Por qué no suponer lo mismo de todos los creadores?*

## *Un mundo plano*

### *Introducción*

En las siguientes páginas se tratarán ciertas cuestiones relacionadas con el tema de un espacio más elevado que el nuestro. Es oportuno, por consiguiente, retroceder primero y formular conceptos precisos sobre un mundo espacial plano, un mundo en el que los seres sólo pueden moverse en dos direcciones independientes. Después, extrapolando a nuestro propio mundo, podremos obtener los medios para pasar a un mundo más elevado. Me habría gustado poder remitir enteramente al lector esa ingeniosa obra titulada *Flatland*. Sin embargo, al volver a hojear sus páginas, noto que el autor ha utilizado su raro talento con un propósito ajeno al intento de nuestra obra. Pues, evidentemente, las condiciones físicas de vida sobre el plano no han sido su principal objetivo. Las ha utilizado como telón de fondo para sus sátiras y diatribas. Pero nosotros queremos conocer, en primer lugar, la realidad física.

A tal fin es necesario formarse una idea clara de cómo sería la materia en un mundo de dos dimensiones, para lo cual es oportuna la siguiente ilustración.

Colocad sobre la superficie lisa de una mesa una moneda de media corona, e imaginad que desliza libremente. Suponed que ejerce una fuerza de atracción a lo largo de la superficie de la mesa y en todas direcciones. Colocad cerca de ella otra moneda de seis peniques y dejadla deslizar libremente por la mesa. No podrá moverse en todas direcciones como la media corona porque será atraída por ésta. Resbalará sobre la superficie de la mesa bajo la influencia de esta hipotética fuerza, y entrará en contacto con la media corona. Si suponemos ahora que ambas monedas son muy delgadas, que entre las dos apenas tienen el espesor de las más pequeñas partículas de materia, tenemos entonces una representación de lo que serán los cuerpos materiales en un mundo plano.

Además, las partículas no deben adherirse al plano en ningún punto, ni debe existir ninguna fricción que impida sus movimientos sobre él. El único propósito del soporte es mantenerlas sobre el mismo nivel superficial y transmitir las influencias de una partícula sobre la otra. La gravedad, que, según sabemos, actúa perpendicularmente a la superficie en donde están posadas las monedas, no tendrá efecto sobre las partículas en sus movimientos sobre el plano,

simplemente las mantendrá sobre él. Cualquier fuerza de atracción que guarde relación con sus movimientos se transmite de una partícula a otra. Imaginad, ahora, que la media corona es un enorme disco de materia, y los seis peniques un ser consciente. Este ser se sentirá atraído hacia el centro de la media corona, y esta fuerza de atracción lo mantendrá al borde de la misma. Si pesara algo, su propio peso sería contrarrestado por la fuerza que tiende a atraerlo al centro de la media corona. No sentiría la gravedad que lo mantiene sobre la superficie de la mesa; no sabría que estaba posado sobre una superficie dura y lisa. Siempre habría estado en contacto con ella y por lo tanto no podría suponer lo que sería verse libre de ella. No tendría elementos de juicio para comprender su efecto sobre él. Además, solo sabría de movimientos a lo largo del plano. Consideraría imposible cualquier movimiento en otra dirección que no fuera la de avance o retroceso sobre el plano. Es difícil suponer que un ser esté apoyado sobre un plano por un lado y no esté en contacto con nada por el otro, ni siquiera con la atmósfera. Sin embargo, si suponemos un ser de auténtica materia, libre de moverse sobre el plano, la conclusión que debemos extraer es la siguiente. Si imaginamos a la moneda de seis peniques como a un ser, sus impresiones las debe recibir a través de su borde. El borde representa su piel.

Y si lo suponemos rodeado de aire para respirar, este aire no debe ser capaz de elevarse sobre el plano, al igual que las partículas de materia sólida. El ser del plano debemos concebirlo con un aire distinto del que conocemos. Las partículas de su aire, aunque libres de moverse entre sí, no deben poder despegarse de la superficie del plano, pues de lo contrario podrían pasar al interior del cuerpo sin atravesar la piel. Cualquier camino que conduzca al interior del cuerpo debería terminar en una abertura en el borde, de otro modo taponaría completamente la salida al exterior.

Es obvio que si golpeamos la mesa hasta que tiemble, este movimiento se transmitirá a las monedas que yacen sobre ella. En ese caso, o las monedas se moverán conjuntamente, o sus partículas se desordenarán.

Si suponemos de nuevo que existen partículas que se adhieren libremente unas a otras, dispuestas sobre una tersa lámina de hierro, es evidente que el temblor y el choque del hierro, al ser golpeado, surtirá efecto sobre las partículas, causando un probable desmenuzamiento de las finas masas que forman al agruparse. De esta forma, si el material que compone la lámina es más denso y rígido en comparación con las sustancias que yacen sobre él, éstas pueden experimentar muchos cambios, desmenuzamientos y recomposiciones, mientras la materia que las sustenta sólo se mueve y vibra. Es evidente que, al verse afectadas por la vibración y la sacudida de la lámina de metal sobre la que suponemos que están, las partículas podrían a su vez influir en aquéllas, provocándole vibraciones y sacudidas. Estas sacudidas y vibraciones se propagarían a partir de una partícula que las excitara en todas direcciones a lo largo de la lámina. No se transmitirían

al aire, más que secundariamente y en muy pequeña medida. La sacudida se transmitiría a la lámina. Y el efecto sobre las partículas vecinas sería grande, algo menor sobre las alejadas, y casi imperceptible sobre las más distantes.
El siguiente esquema es un buen ejemplo para obtener una idea precisa de lo que sería la existencia en un plano; nos permite verificar las condiciones capaces de sentar las bases para posteriores conceptos.

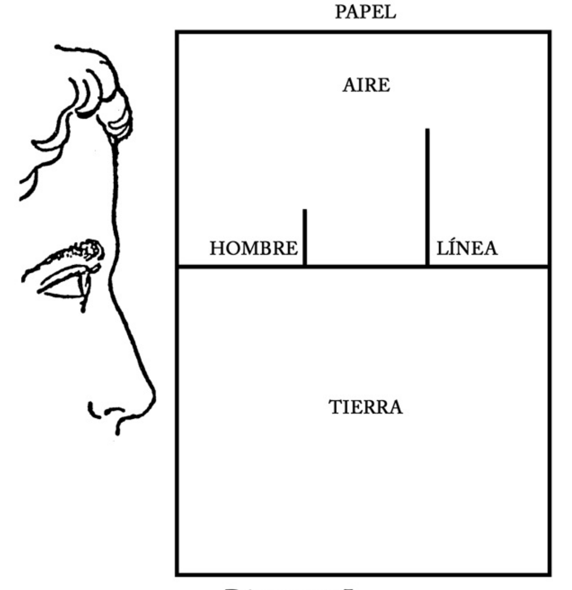



*Diagrama I.*

Que el lector coja una hoja de papel y la coloque frente a él de canto, de manera que su ojo la vea como una simple línea. En esa disposición, esta línea debe descender desde sus cejas a su boca, como muestra el diagrama I. Ahora, sobre

un lado del papel trazad, a partir del observador, una línea recta que lo atraviese. Imaginad que por debajo de esa línea hay una delgada capa de partículas que, estrechamente unidas entre sí, forman un sólido estrato en el que cada partícula está en contacto con el papel. Para un ser en un mundo plano, ésta sería la tierra firme.

Supongamos que, por encima de esta línea, existe una capa de partículas que se mueven libremente entre sí, pero no pueden despegarse de la superficie del papel. Estas partículas forman el aire de semejante mundo. Trazad una línea vertical sobre la superficie de la tierra. Esta línea representa a un hombre. Otra línea representará un muro que el hombre no puede atravesar si no es pasando por encima de él.

Notaremos que los objetos sobre el papel parecen estar sujetos a la acción de la gravedad. Y se nos ocurrirá la pregunta: ¿por qué no resbala sobre el papel esta delgada capa de partículas?

Ahora bien, el sentido de la gravedad no debe eliminarse, sino que debe asociarse a la materia de la hoja de papel.

Suponed, entonces, que la hoja se hace cada vez más grande hasta cubrir todo el mundo, cortando el globo en dos. Después, quitemos de en medio toda la tierra excepto una delgada capa a un lado de esta enorme hoja de papel. Esta delgada capa será la única porción de materia que queda. Y representará un mundo plano. Supongamos que la fuerza de la gravedad permanece, pero proviene de un disco grande y delgado. Para mantener esta delgada capa sobre el papel sería necesario que alguna fuerza actuara lateralmente, a fin de adherir las partículas al papel.

Imaginemos que el mismo papel ejerce una fuerza semejante: tiene el espesor de muchas partículas, mientras que la delgada capa de materia tiene solamente el espesor de una partícula, manteniendo así en su sitio, gracias a su propia atracción, a la capa de materia que lo cubre por un lado.

Supongamos que el papel ejerce una fuerza de atracción capaz de hacer que la delgada capa de materia se adhiera a él. Esta fuerza de atracción no es sentida por los seres conscientes que hay sobre el papel, ni influye en los movimientos de las partículas de materia entre ellas mismas. Supongamos también otra fuerza de atracción que actúe de partícula a partícula de materia sobre el plano. Afectaría a los seres y produciría movimientos de materia.

Así pues, la concepción de un mundo plano implica necesariamente la de algo que hay sobre él.

## *Un mundo plano*

Donde los rayos del sol que rozan la tierra en enero desaparecen y convergen en la oscuridad hay un mundo extraño.

Es una vasta burbuja hecha de una sustancia parecida al vidrio soplado, pero mucho más dura y opaca.
Y así como una burbuja soplada por nosotros consta de una película dilatada, así esta burbuja, incomparablemente vasta, consta de una película dilatada y adherente.
Sobre su superficie ha caído, con el paso del tiempo, una delgada capa de polvo espacial, y es tan lisa esa superficie que el polvo resbala sobre ella de aquí para allá y forma conglomerados y amontonamientos, según determinen sus propias atracciones y movimientos.
El polvo permanece sobre la pulida superficie gracias a la atracción de la vasta película; pero, aparte de esto, se mueve libremente en cualquier dirección.
Acá y allá se forman condensaciones donde se han reagrupado algunas de estas masas fluctuantes, y el polvo condensado a lo largo de los siglos ha formado enormes discos.
Y estos discos despiden un ardiente brillo aunque no llega a nuestro universo ninguna luz procedente de ellos.
Pues este mundo está más allá del éter; mucho más allá. Y por muy brillantes o ardientes que sean las masas, si no existe el medio de transmitir las vibraciones de calor, no actúa su influencia.
Así, el calor sólo puede propagarse sobre la película. De cada uno de estos discos radiantes la inducción luminosa se propaga mediante las vibraciones de la película que lo sostiene todo. El calor y la intensa agitación de estos discos resplandecientes sacude y perturba a la burbuja, y la película, al igual que una pompa de jabón, tiembla y vibra. Y es tan elástica y tan rígida que acarrea luz y calor a todas las zonas circundantes. Sin embargo, tan vasta es la burbuja, y de tan desmesuradas dimensiones, que la agitación de estos discos incandescentes se propaga casi en línea recta, difundiéndose por todas partes hasta perderse en la oscuridad, de la misma manera que las ondulaciones en el centro de un gran lago en calma se hacen gradualmente indistinguibles.
En torno a estas céntricas esferas de fuego —porque eso son, aunque sólo transmitan su fuego a lo largo de la película de la burbuja— pasan, en el debido orden y sucesión, otros discos, que, fríos o calientes, carecen de esa energía luminosa y calorífica que poseen aquéllas.
Estos discos, aunque grandes, son tan inmensurablemente pequeños en comparación con la vasta superficie de la burbuja que lo sostiene todo, que sus movimientos parecen situarse sobre una superficie plana.
La curvatura de la película sobre la que se encuentran estos discos es tan ligera comparada con su magnitud, que éstos giran alrededor de sus fuegos centrales como sobre una superficie perfectamente nivelada.
Y una de estas esferas está naturalmente preparada para ser la sede y el hogar de los seres vivos. Pues no es ni tan ardiente como lo fuera durante largos siglos

después de que se condensara de la película de polvo de la que nacen todas las esferas, ni se ha enfriado tanto como para hacer la vida insoportable.
Y además está llena de grietas y canales, porque en varios sitios su interior ha formado, al enfriarse el fundido borde, extensas cavernas y galerías, no solamente en una capa sino en varias.
Y sobre el borde y en esas galerías y cavernas viven los habitantes de los que hablo. No se despegan de la superficie de la película, pero como toda la materia salvo una partícula profunda está concentrada en la superficie, sus cuerpos hechos de materia yacen, deberíamos decir, sobre esa tersa superficie.
Sin embargo, lo ignoran. Sostienen que están de pie y que caminan.
Pues esta esfera tiene una fuerza de atracción. Mediante el mismo impulso integrador por el cual se congregan sus partículas sobre la burbuja fuera del polvo, mediante la misma fuerza atrae hacia su centro todo lo que está cerca o por encima. Así pues, « arriba» es para estos habitantes un movimiento desde el centro del disco, sobre cuyo borde viven, para alejarse de él. « Abajo» es un movimiento desde el borde hacia el centro. La delgada capa que forma la masa del disco constituye una materia sólida. No pueden escapar, ni aun en pensamientos, de la superficie de la burbuja, y contemplan desde el espacio su modo de vida. Siempre pasan alternativamente sobre una línea, sobre un borde; y no pueden caminar de dos en dos sino en fila india. Si observamos el tosco dibujo, comprobaremos que los dos seres representados por sendos triángulos no pueden adelantarse mutuamente, dado que son incapaces de elevarse por sí mismos de la superficie del papel. La superficie de papel representa la superficie de la burbuja, y, deslizando libremente por ella, aunque incapaces de elevarse, hay unas figuras ingrávidas que son los habitantes, y esa delgada capa de partículas que constituye su materia sólida.

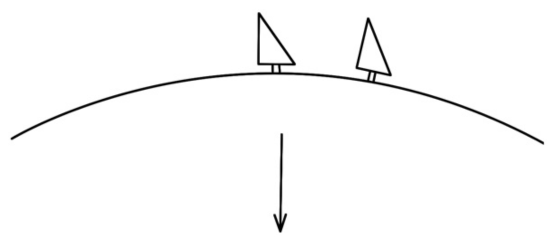


*Diagrama II:* Dos seres moviéndose alrededor.

Ahora bien, si no fuera por el hecho de que la esfera está horadada de aberturas

y pasadizos, el único movimiento que estos dos seres podrían efectuar sería continuar girando sobre el borde de su mundo.

Muchas palabras de nuestro vocabulario no tendrían para ellos significado alguno. Así, « derecha» e « izquierda» son términos desconocidos para ellos. Imaginad, en efecto, sus caras vueltas en una dirección a lo largo del borde. Siguiendo esta dirección avanzan, y retroceden si siguen la contraria. Si se alejan del centro, suben; si se dirigen hacia él, bajan. Y en ningún caso pueden dar la vuelta, elevándose por sí mismos de la superficie en donde están posados. Ni siquiera saben que tienen dos lados; sus movimientos, sus pensamientos y sus fantasías están limitados por la superficie sobre la que están. La llaman su espacio, su universo; y todo cuanto está más allá, hacia el interior de la burbuja o lejos de ella, hacia el exterior, no entra dentro de sus pensamientos, ni siquiera como fantástica hipótesis de existencia.

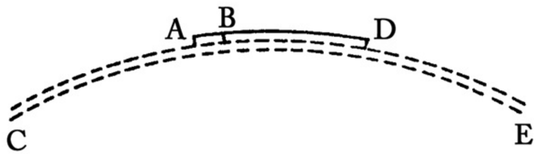



*Diagrama III*. Una sección de la película de la burbuja que muestra un disco (BD) sobre ella, y una criatura (AB) sobre el borde del disco. CE es una sección de la película; BD es una sección del disco; AB es una sección de la criatura. El espesor ha sido notablemente exagerado, así como la altura (AB) de la criatura en relación con el diámetro (BD) del disco. La atracción experimentada por AB lo retiene contra BD; el ser y el disco (AB y BD) deslizan libremente sobre la película CE, sin darse cuenta de su existencia.

En semejante mundo, la vida está extremadamente limitada. Por poner un simple ejemplo, para que dos seres se adelanten mutuamente es necesaria una complicada disposición, como muestra el diagrama IV.

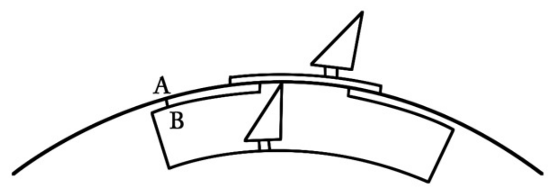



*Diagrama IV*. Dos seres adelantándose.

A lo largo del borde, a intervalos, se construyen huecos o compartimentos. Cerca de las aberturas de estos compartimentos se colocan placas o varillas móviles. Cuando dos seres desean pasarse, uno de ellos desciende al hueco, el otro empuja la varilla hasta formar un puente sobre la abertura, lo atraviesa, y después aparta la placa a fin de que el que ha descendido pueda levantarse y proseguir su camino.

Si por casualidad, mientras un ser está en el hueco, la placa o varilla que actúa como puente se bloquea, aquél se encuentra en una situación peligrosa y difícil. Supongamos un ser de esta manera confinado. Si, por falta de aire, perfora el techo en AB, toda la parte derecha de AB se desploma, al faltarle su único soporte. Es imposible practicar un agujero de menor extensión que la de la materia depositada sobre la superficie. Y todas las construcciones deben hacerse respetando este principio. En la pared de una casa no puede haber dos aberturas, a menos que cuando una esté abierta la otra esté pensada como cierre funcionando como soporte rígido del muro, del cual depende enteramente su apoyo.

Así, en el diagrama Y, la casa está apoyada enteramente sobre el lado opuesto a la puerta EF, que ahora está abierta. El techo se sostiene en el lado CD. Si se practicara una abertura AB en la pared CD antes de cerrar la puerta EF, el techo se vendría abajo. Para atravesar la casa, EF debe estar herméticamente cerrada antes de abrir AB.

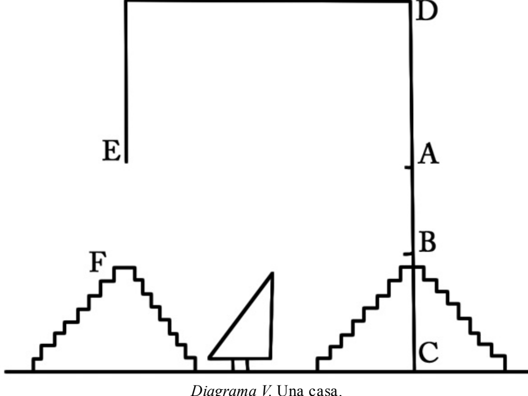


*Diagrama V.* Una casa.

Las casas son siempre construidas en pasillos interiores, de modo que el borde del disco quede libre para la circulación.

Y hay mucho que decir de los habitantes de este disco con respecto a su vida social y política. Me parece superfluo insistir aquí en ello, pues cualquiera que usara el método del historiador Buckle[1] y dedujera el carácter de un pueblo a partir de sus influencias geográficas y su medio físico podría adivinar los principales rasgos de su vida y de su historia.

Sin embargo pueden objetarse aquí una o dos observaciones. Lo primero de todo, se caracterizan por lo que me atrevería a llamar un tipo rudimentario de polaridad.

En los moradores de nuestro mundo esta polaridad, que se manifiesta entre otras cosas en la distinción de sexos, está atenuada y modificada.

En cada hombre hay algo de mujer, y en cualquier mujer hay alguna de las mejores cualidades de un hombre.

Pero en el mundo del que hablamos no existe ninguna posibilidad física para semejante fusión. En una existencia lineal no se tendría conciencia de la polaridad. Aparecería primero en el plano, y de una manera severa y precisa.

Es imposible no caer en la caricatura al escribir tan sucintamente sobre estos seres.

Aceptemos, pues, el argumento francamente, y mirémosles, sin escrúpulos, de la manera más tolerante posible.
Si el lector recorta los triángulos de las esquinas en los diagramas VI y VII obtendrá cuatro seres planos, dos hombres y dos mujeres.

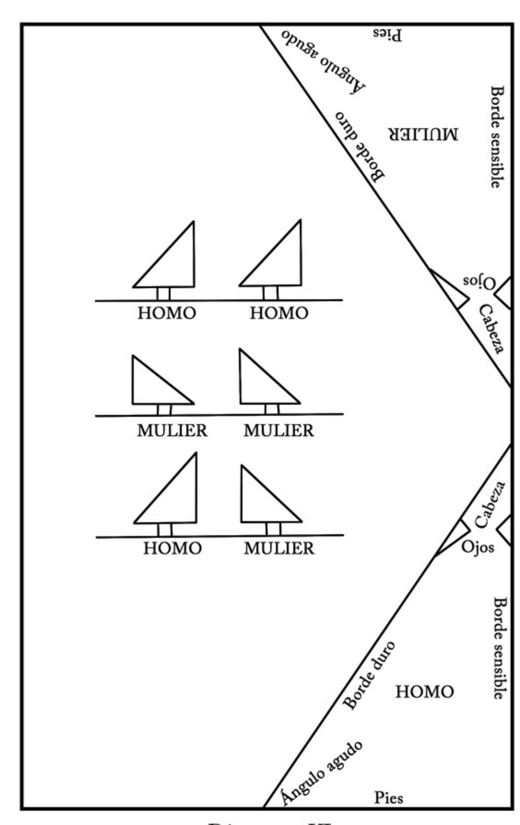

Pies
Ángulo agudo
Borde duro
MULIER
Borde sensible
Ojos
Cabeza
HOMO
HOMO
MULIER
MULIER
HOMO
MULIER
Cabeza
Ojos
Borde sensible
Borde duro
HOMO
Ángulo agudo
Pies

*Diagrama VI.*

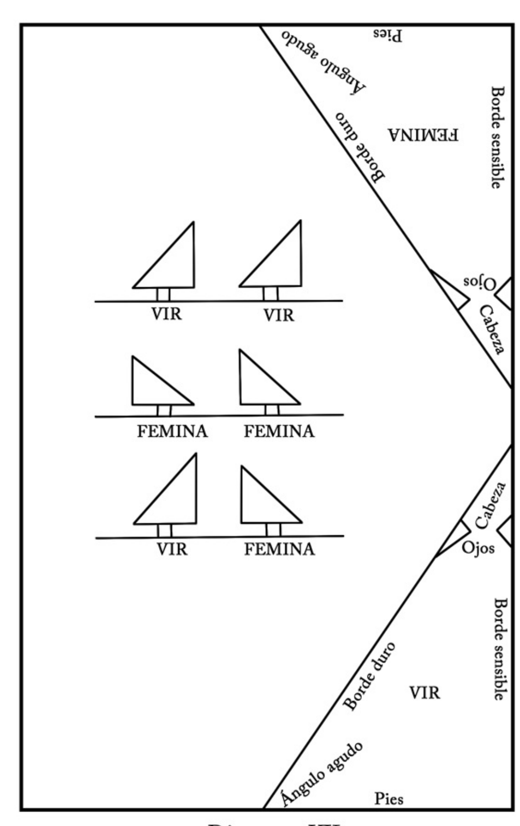



*Diagrama VII.*

Las líneas a recortar están señaladas en negro. Recortados los dos hombres, a los que llamaremos Homo y Vir, trazad una línea sobre un trozo de papel para representar el borde del mundo sobre el que están, y, recordando que no pueden sobrepasarse mutuamente, ponedlos en movimiento. Debe recordarse que las figuras no pueden abandonar el plano en el que están. No pueden cambiar de posición. El único modo que tienen de sobrepasarse el uno al otro es trepando por la cabeza del contrario. Pueden ir hacia adelante y hacia atrás. Si analizamos estas figuras podremos reparar en muchas cosas. Por supuesto, son solamente símbolos bastante toscos, pero en el transcurso de sus vidas los hechos que revelan estas simples figuras están compuestos y organizados en complicadas estructuras.

Es evidente que el ángulo agudo de un hombre tropieza con el borde sensible o blando de otro hombre. Cada hombre teme siempre a los otros: no sólo existe un temor recíproco, sino que sus bordes sensibles —que son receptivos de todas las impresiones excepto las más borrosas— se repelen alternativamente.

Sobre el borde sensible están el rostro y todos los medios de expresión del sentimiento. El otro borde está cubierto por una costra callosa de piel, que en el ángulo agudo se hace más compacta y tan dura como el hierro. Girando las figuras resultará evidente que, por supuesto, dos hombres nunca podrán encontrarse cara a cara.

En este mundo no son posibles sentimientos tales como la amistad o el trato familiar entre hombre y hombre. El mismo concepto es para ellos ridículo. Pues para que un hombre pudiera volver su borde sensible hacia otro hombre, sería menester que uno de los dos consintiera en soportar al otro sobre su cabeza. Los padres retienen de esta forma a sus hijos varones cuando son pequeños, pero al primer síntoma de virilidad se rebelan contra este tratamiento.

Ahora, si examinamos a dos mujeres, Mulier y Femina, veremos la misma relación entre ellas. Están predispuestas a golpearse accidentalmente la una a la otra, y sus lados impresionables están, por las mismas circunstancias de su ser, en contraposición.

Si ahora colocamos juntos Homo y Mulier, se manifiesta una relación bien diferente.

No pueden golpearse mutuamente, cada uno de ellos está ideado para conversar deliciosamente con el otro. Nada puede estar más protegido del mundo exterior que una pareja de la misma altura más o menos; cada uno protege el borde sensible del otro, y sus bordes acorazados y sus recursos ofensivos se enfrentan a cualquier recién llegado en una u otra dirección. Pero si la pareja, por pura desavenencia, llega a desajustarse y, con los pies sobre el borde, vuelven sus ángulos agudos el uno contra el otro, están irremediablemente expuestos a los males y dardos del mundo.

Con todo, ni aun en ese caso podrían herirse mutuamente: una oportuna

inmunidad. En los anales de esta raza, que tengo frente a mí, he encontrado una curiosa historia que, incomprensible para ellos durante siglos, tiene para nosotros una explicación simple.

Dice que dos seres, Vir y Mulier, los más idealmente perfectos, vivieron una vez en un estado de felicidad perfecta, pero, a causa de ciertos abstrusos estudios de la Mulier, ésta se transformó súbita e irremediablemente en un hombre con todos sus atributos externos. Vir la reconoció como la verdadera Mulier. Pero ocupaba con respecto a él la misma posición que ocuparía cualquier otro hombre. Solo podía acercar su borde sensible al borde sensible de ella colocándose cabeza abajo. Ella se negó a explicar cómo fue su cambio o a compartir su secreto con nadie, pero había experimentado, dijo, un grave peligro. Mostró un extraño conocimiento de la anatomía interna de la raza, y gran parte de los conocimientos médicos de esta gente se deben a ella.

Pero ninguna persuasión pudo inducirla a revelar su secreto; toda la intimidad de la vida, dijo, desaparecería si lo revelase. Se le atribuían dotes mágicas.

Esta posesión, sin embargo, no hacía feliz a ninguno de los dos, y un día ella le dijo con miedo que si no recuperaba el aspecto externo de su sexo prefería morir. Literalmente desapareció: aunque estaba rodeada de amigos se desvaneció del modo más absoluto. Y si no hubiese sido porque algunos días después, perforando la sólida roca en unos trabajos de excavación, encontraron casualmente una grieta, nunca la habrían vuelto a ver con vida. Pues la hallaron en una cavidad en la roca viva, hermosa y cálida: otra vez con su antigua naturaleza.

Su secreto murió con ella.

Desde nuestro punto de vista es fácil comprender lo que había sucedido. Si tomamos la figura Mulier y la invertimos, comprobaremos fácilmente que, aunque todavía es mujer, su configuración es la de un hombre. Virtualmente es un hombre. Se ha vuelto incapaz de comportarse del modo natural en que suelen hacerlo hombres y mujeres en esta tierra, y forzosamente la feliz unión entre ella y Vir se ha roto por completo. Si la movemos a voluntad, manteniendo su figura invertida sobre el plano, nunca podrá ser una compañera adecuada para su desgraciado Vir. Debía haber descubierto el secreto de elevarse por sí misma de la superficie, y accidentalmente habría invertido su posición. Posiblemente había utilizado esta nueva posición para estudiar anatomía —pues para un observador así situado, el interior de cada cuerpo sería un libro abierto— y al proseguir con sus estudios había perdido el equilibrio.

He mencionado esta anécdota, sin embargo, debido solamente a una curiosa observación que se hizo entonces. Se descubrió que, en este estado alterado, estaba completamente privada de atmósfera. Me explico: normalmente, con independencia de lo que la Mulier dijera o hiciese, existía una especie de influencia procedente de ella que hacía agradable su presencia a Vir. Al invertir su posición, perdió esta cualidad. La explicación es obvia. Para esta gente la luz

es la agitación de la superficie de la burbuja; son transparentes aquellos objetos que en su recorrido no dificultan esta agitación. Pero la mayor parte de los cuerpos y la estructura física de sus habitantes no eran transparentes, sino que interrumpían y reflejaban estas agitaciones de la película, emitiendo de esta forma, desde su borde exterior, aquellas vibraciones que excitaban la vista de sus compañeros. Junto a estas vibraciones de luz había otras todavía más tenues que no habían sido amortiguadas o desviadas por el borde exterior del cuerpo, sino que atravesaban la mayor parte de su estructura como si ésta fuera transparente. Sin embargo, en el interior de sus organismos había ciertas zonas que detenían estas vibraciones menos evidentes, y tenían la facultad (como un rayo de luz) de apreciarlas. En relación con estas zonas había ciertas estructuras, extremadamente minúsculas, que tenían la facultad contraria de agitar la película y transmitir, a través de la periferia del cuerpo, estas mismas vibraciones mínimas. Estos órganos no servían para nada pero formaban una especie de medio de comunicación afectivo entre los habitantes, que, actuando de modo impreciso, a buen seguro producía una sensación más bien vaga. Con la Mulier en posición invertida, como se ha descrito, la relación de su estructura con la película de la burbuja se altera y no es extraño que esta «atmósfera» desaparezca.

En muchos aspectos los habitantes de este mundo están mucho más avanzados que nosotros: teniendo un problema más simple —cómo tratar la materia sobre un plano— han alcanzado un conocimiento casi completo de sus propiedades. Con todo, por grande que sea su conocimiento, su capacidad es más bien exigua. Si reflexionamos sobre el particular, veremos lo limitados que están sus esfuerzos. *No saben fijar el centro de una rueda, de modo que ésta gire en torno a un eje*. Considerad una rueda: un pequeño disco apoyado sobre su mismo plano. El centro toca, por todas sus partes, la superficie de la burbuja sobre la que todo desliza libremente. Para fijar este punto tendrían que introducirse en la película, cosa que no pueden hacer, y menos aún imaginar.

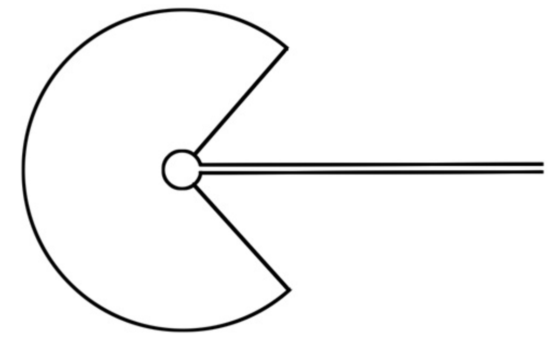


*Diagrama VIII*. Máxima aproximación a una rueda.

Si hacen una abertura en el disco, pueden llegar a su centro. Pero entonces el vástago de materia que introducen impedirá que el disco gire.
La máxima aproximación que pueden obtener a una rueda con un centro fijo se muestra en el diagrama VIII: una porción de disco circular que oscila sobre la extremidad lisa de una varilla confeccionada con la misma sustancia del disco cortado.
Sus carros se muestran en la figura adjunta.

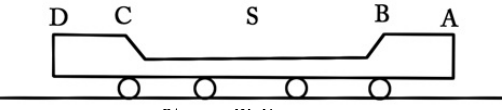



Diagrama IX. *Un carro*.

Son simples barras colocadas sobre rodillos: cuando la barra es empujada hacia adelante, los rodillos giran y la barra desliza, como lo hace una barca cuando los marineros se sirven de rodillos para sacarla a la playa. Tan pronto como los rodillos ruedan bajo la barra, y ésta continúa avanzando, hay que asegurarlos, y después elevarlos por encima del carro y apoyarlos delante.
Cada carro dispone, pues, de su propio juego de pequeños discos o rodillos, y, al avanzar, estos rodillos deben ser levantados por encima del carro, de atrás hacia adelante.

Es del todo imposible completar una acción continua. Cada rodillo debe ser colocado, elevado y transportado uno a uno. Y para apoyarlos delante, es necesario desatar y volver a atar la cuerda que tira del carro.

Observando el diagrama IX se verá que hay una depresión en el cuerpo del carro. En la parte AB se sienta el conductor. En la depresión de B a C se pone la carga. Ésta no puede, pues, deslizarse sobre las extremidades del carro. Nada existe en él que impida su caída de los costados.

Pero el contenido, como el resto del carro, se adhiere a la lisa superficie de la burbuja, y es sostenido por ella en el lado contrario al punto de vista del lector; además, la fuerza de atracción ejercida por la película le impide elevarse por encima de esta superficie.

Así, la superficie de la burbuja y su fuerza de atracción suplen a los otros dos lados del carro.

Pero los seres desconocen estos dos lados y consideran perfectamente natural que cargas de cualquier tipo, incluso fluidos, estén bien seguras en un carro con dos extremidades.

El sistema para fijar la cuerda al carro es como sigue: C es el carro; R es la cuerda que termina en un estribo de madera B; A es una pieza oblonga de madera. Cuando queramos soltar la cuerda, debemos levantar A por su asa y entonces B deslizará hacia atrás y saldrá del hueco en C, quedando la cuerda liberada del carro. Y de forma similar la aseguraríamos otra vez.

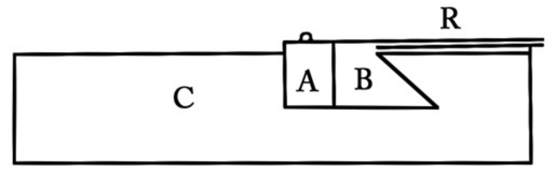



*Diagrama X.* Sistema de fijación de la cuerda al carro.

Una forma bastante común de transportar maquinaria con nosotros es mediante un eje de transmisión. Una larga barra que gira, provista de ruedas en diferentes puntos de su longitud. Pero estos habitantes no podían utilizar este sistema, porque para impartir el movimiento rotatorio a la barra tendrían que salirse de la delgada capa sobre la que estaban. Su sistema de transmisión del movimiento consistía en largas barras, una sucesión de barras cortas, péndolas unidas entre sí, o ruedas que se transmitían el movimiento unas a otras, sujetas por apropiados manguitos lisos dispuestos en torno al borde, lo bastante lejos para estabilizarlas pero no tanto como para impedir que se tocaran mutuamente.

Para hablar de su ciencia lo mejor es referirse brevemente a sus orígenes.
Descubrieron que estaban sobre un disco que giraba alrededor de un centro oculto, y que recorría una trayectoria en torno a la fuente de luz y calor.
Se dieron cuenta de que una fuerza de atracción los mantenía en su trayectoria.
Pero no era una fuerza de atracción como la nuestra. Para nosotros, dado que el efecto que cualquier partícula ejerce sobre las circundantes se propaga en nuestro espacio si la distancia al centro de atracción se dobla, la fuerza se reduce a una cuarta parte de la que correspondería a menor distancia. Para ellos, sin embargo, cuando la distancia se dobla, la fuerza de atracción se reduce solamente a la mitad de lo que correspondería a menor distancia. Pues la luz, o la atracción, o cualquier otro tipo de fuerza que emane de una partícula, solamente se difunden a lo largo de la película y no salen al espacio superior o inferior. Si estuvieran sobre una esfera densa en lugar de sobre una burbuja, las leyes de atracción serían idénticas a las nuestras. Pero la burbuja sobre la que estaban era de muy poco espesor en comparación con las líneas de transmisión de las fuerzas radiantes. Y de esta manera, cada fuerza, manteniéndose sobre un mismo plano, disminuye con la distancia al centro de su acción[2].
Otro gran problema que se les planteaba era la forma en que se propagaba la luz desde el globo central. Sabían que su atmósfera se extendía muy poco por encima de la superficie de su disco. Y además, era incapaz de transmitir vibraciones como las lumínicas o caloríficas.
Estudiando la naturaleza de la luz llegaron a convencerse de que su transmisión sólo era posible si existía un medio de extrema rigidez entre ellas y la gran fuente lumínica.
Es fácil comprender que lo que consideraban un medio entre ellos y su sol era en realidad la superficie rígida sobre la que se hallaban. Esta película elástica vibraba en dirección transversal al estrato que ellos llamaban materia, y arrastraba con ella partículas de materia. Dado que para ellos la superficie sobre la que se hallaban constituía todo el espacio, llegaron a pensar que el espacio estaría lleno de un medio rígido. Descubrieron que las vibraciones del medio se transmitían perpendicularmente a la dirección de propagación del rayo. Pero no imaginaron un movimiento perpendicular a su plano; pensaron que debería estar en su mismo plano.
Era un enigma para ellos por qué deslizaba el disco a través de este medio con tan poca fricción. Concluyeron que era muy raro. Todavía quedaron más perplejos cuando tuvieron motivos para creer que se trataba de una sustancia opaca, pues era inconcebible para ellos que pudiera ser cualquier otra cosa que un medio para llenar su espacio. No consiguieron desembarazarse de él ni en el vacío, por perfecto que éste fuera.
Fácilmente comprobamos que, produciendo un vacío, simplemente limpiaban la superficie sobre la que estaban.

En cierto sentido hubiera sido mejor para ellos saberlo, porque, con la ley de atracción que tenían, el movimiento alrededor de su sol no estaba destinado a durar eternamente; sin embargo cada vez se acercaban más. Solamente con que lo hubieran intentado, habrían conseguido apoderarse de alguna manera de la superficie sobre la que estaban, y, utilizando, una quilla para surcarla, habrían conducido a su mundo y a su gente en su trayectoria alrededor de su sol.
De hecho, es posible imaginarlos dueños de su propio destino en su navegación a través de su universo: es decir, sobre la superficie de su burbuja.
Bajo otros aspectos fue una desgracia que no comprendieran cómo era en realidad la superficie que los sostenía, porque la sensación de estar suspendidos en el espacio, absolutamente aislados, era muy inquietante y solía provocarles una cierta carencia de solidaridad con el resto del universo.
Hemos visto que sus leyes de la mecánica eran muy diferentes de las nuestras. Pero, después de todo, tenían alguna experiencia sobre nuestros principios mecánicos, aunque de un modo curioso. En todos los movimientos, cualquiera que fuese su magnitud, los cuerpos móviles estaban confinados a la superficie del plano. Pero en lo concerniente a las pequeñas partículas, había mayor libertad de movimiento. Las pequeñas partículas tenían libertad de movimiento; aunque no podían alejarse más que una corta distancia de la película sobre la que posaban, les era posible, sin embargo, efectuar un movimiento perpendicular a aquélla. De esta manera, una larga serie de partículas unidas podía girar como un todo manteniéndose en línea recta como un alambre torcido, y, mediante varias filas de partículas entrelazadas, los movimientos podían transmitirse de una forma absolutamente dispar de los movimientos mecánicos que vimos en el caso de grandes masas.
Este movimiento de rotación alrededor de un eje apoyado en el plano era para ellos lo que la electricidad es para nosotros: una verdadera fuerza misteriosa. Y extremadamente útil en sus aplicaciones. No pudiendo concebir una rotación que en un movimiento se alejara de la superficie, no sabían explicarse los resultados de semejantes movimientos.
Puede advertirse fácilmente la cantidad y variedad de fuerzas de que disponían. Por un lado, el movimiento rotatorio de las pequeñas partículas sobre la superficie. Este movimiento, del que ellas eran conscientes, aparecía en muchas ocasiones, pero no era apropiado para la transmisión a grandes distancias, ya que cada partícula podía ser obstaculizada en su rotación por su vecina.
A veces, sin embargo, cuando las condiciones eran favorables, muchas de estas rotaciones eran armoniosas, y las ondas generadas en su materia se asemejaban a las olas de nuestro océano.
Solamente había otros dos tipos de movimiento. Uno era la vibración vertical de la película que llevaba consigo la materia; el otro era el entrelazamiento de filas de partículas rígidamente unidas entre sí. El movimiento vertical de la película

era para ellos la luz. A las materias que no obstaculizaban este movimiento las llamaban transparentes; a las que, estando sobre la película, impedían el movimiento o lo repelían, las llamaban opacas.
El movimiento rotatorio en torno a un eje era para ellos lo que la electricidad para nosotros. Y cuando este movimiento se transmitía, en una dirección u otra, a las partículas de pequeñas masas que se movían libremente, se producían efectos muy extraños, análogos a los movimientos de los cuerpos electrificados. Obviamente no son posibles otros tipos de rotación o vibración; por consiguiente, en este mundo no hay nada que se corresponda con el magnetismo. Su luz era simple y no podía escindirse en dos tipos como ocurre con nuestra luz: dos tipos de luz polarizada.
¿No había, entonces, ningún signo que permitiera a los habitantes de este mundo alcanzar el conocimiento de su propia limitación? Sí que lo había. Tenían ante ellos a la vez un signo y su interpretación. Sabían que era posible la existencia de dos triángulos exactamente iguales, los cuales, sin embargo, no podían intercambiarse entre sí mediante ningún movimiento en el plano.
Para ellos era un enigma que dos cosas tan parecidas difirieran, sin embargo, de alguna manera. Como ejemplo de tales triángulos podemos referirnos a los empleados en el diagrama VI para representar al hombre y a la mujer. Aun admitiendo que pueden ser exactamente iguales, los seres de un mundo plano no pueden revolverse a fin de coincidir el uno con el otro.
Sin embargo, si hubieran considerado el caso de un ser inferior a ellos en la escala de la vida en el espacio, habrían hallado la respuesta a su enigma. Supongamos un ser obligado a estar sobre una línea:

C’ B’ A’ M A B C

Pongamos que M sea el ser, que observa los tres puntos A, B y C. Se formará una idea de ellos y de sus respectivas posiciones midiendo la distancia que debe recorrer para pasar de uno a otro.
Supongamos que también advierte los tres puntos A’, B’ y C’, que forman una serie análoga al otro lado de él.
Se podría objetar que el ser sobre la línea no sería capaz de concebir ningún otro punto más allá de A; que su experiencia se limitaría a los puntos A y A’. Así ocurriría si A y A’ fueran partículas materiales, pero podemos suponer que su posición sobre la línea es un índice de frío y calor, o de algún otro término similar. Entonces un ser podría concebir una serie de posiciones en su espacio tales como A, B y C, A’, B’y C’.
Si luego recuerda cada serie, y piensa en ellas, descubrirá que son similares en

todos los aspectos. Pero no puede hacerlas coincidir unas con otras. Pues si hace avanzar la serie A, B, C a lo largo de la línea, cuando A B y A' B' se junten, C estaría justamente donde no debiera estar. No en C'. Y si lleva C hasta C', entonces A B se alejarían.

No podría ni hacerlos coincidir ni concebir su coincidencia.

No existiría ningún movimiento en el campo de su experiencia que pudiera hacerlos coincidir.

Sin embargo, el morador de un mundo plano podría hacer coincidir fácilmente estas series de puntos curvando toda la línea hasta que A se sobrepusiera a A', B a B', y C a C'. No tendría ninguna dificultad en ese sentido. Y puede hacer esto en virtud de un movimiento posible para él, pero no para el ser en la línea. Tiene una libertad de movimiento desconocida a los seres lineales.

Y desde luego no debería razonar así: « Lo que es inconcebible para los seres lineales, no lo es para mí. ¿No podría ocurrir, entonces, que cosas inconcebibles para mí fueran, sin embargo, posibles? ¿Es posible que dos triángulos iguales entre sí, aunque no coincidentes para mí, puedan llegar a coincidir?»

En el simple hecho de su incesante observación estaba en realidad la confirmación de toda la materia, si él se hubiera limitado a contemplarla, la prueba de su limitación, la promesa de su liberación mental, la clave para explicarse las minúsculas y misteriosas acciones que le rodeaban, y acaso una ayuda para comprender una vida más elevada.

*Apéndice*

En nuestro mundo una partícula de materia que transmita su influencia a la materia circundante no difunde su energía radiante a lo largo de un plano, sino que toda la influencia irradia de la partícula al espacio. Y el ejemplo más oportuno a considerar en nuestro mundo es el de un punto luminoso que emite rayos en todas direcciones. Pongamos que en el diagrama XI sea M uno de estos puntos: una partícula de materia que emite radiaciones luminosas en nuestro espacio tridimensional.

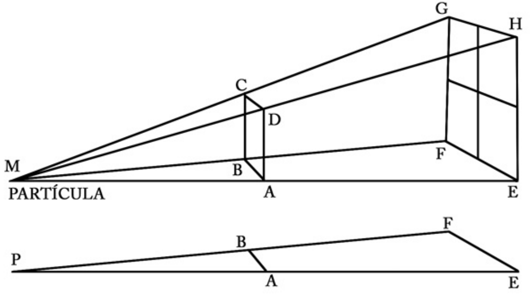


*Diagrama XI*. Partículas en el espacio y en el plano en plena actividad.

En lugar de estudiar cómo se difunden los rayos en todas direcciones en torno a M, consideremos únicamente aquellos que, irradiando de M, caen en el cuadrado ABCD. La sombra que arroja ABCD va haciéndose cada vez más grande según se aleja de M. Supongamos que a la distancia ME interponemos un cuadrado en la trayectoria de la sombra de modo que la reciba exactamente. Sea EFGH ese cuadrado. Como muestran las líneas de puntos, este cuadrado será cuatro veces mayor que el cuadrado ABCD. Así, cuando la distancia se duplica, la sombra se cuadruplica.

Ahora bien, los rayos de luz que caen en ABCD, si no fueran interrumpidos se difundirían hasta cubrir exactamente EFGH. Así, la misma cantidad de luz que cae sobre el pequeño cuadrado ABCD, caería sobre el cuadrado grande EFGH, si quitásemos de en medio a aquél.

Pero como el cuadrado grande es cuatro veces el pequeño, y ambos reciben la misma cantidad de radiación —la que recibe el cuadrado pequeño— la iluminación en cualquiera de sus puntos debe ser una cuarta parte de la intensidad que correspondería a cualquier punto del cuadrado pequeño.

De modo que el cuadrado pequeño, colocado en su posición, parecería cuatro veces más brillante que el cuadrado grande.

Así, cuando la distancia a la fuente de luz se duplica, la cantidad de luz recibida por la superficie de una determinada área es una cuarta parte de lo que sería a la mínima distancia.

Eso es lo que quiere decir una variación inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. Cuando la distancia se duplica, la intensidad de la luz no es soló menor sino que se demedia dos veces hasta reducirse a una cuarta parte de su

intensidad previa.

Pero en el caso de una partícula colocada sobre una delgada lámina de metal que se hace vibrar —como un plato metálico sacudido por el arco de un violín— esta ley no cuenta.

Tomemos la segunda figura. Supongamos que P es la partícula y que la influencia generada por ella cae sobre la barra AB que está sobre el plano, e imaginemos que la barra detiene las vibraciones al recibirlas y devolverlas, como un cuerpo hace con la luz. Entonces la « sombra» de AB se difundirá lejos de P; y si se introdujera otra barra EF a la distancia PE, doble de PA, debería tener el doble de longitud que AB para poderse ajustar exactamente a la sombra; y las vibraciones que caen sobre AB caerían exactamente sobre EF. Como la longitud de EF es el doble que la de AB, las vibraciones que caen sobre cualquier punto de ella tendrán una intensidad mitad de la que caería sobre una porción de materia de la misma longitud colocada sobre la barra AB.

De este modo, en un plano la influencia o fuerza irradiada por cualquier partícula disminuiría con la distancia. No sería « inversamente proporcional al cuadrado de la distancia» , sino « inversamente proporcional a la distancia» .

## *¿Qué es la cuarta dimensión?*

En la actualidad nuestras acciones están condicionadas en buena medida por nuestras teorías. Hemos abandonado el modo de vida simple y espontáneo de las antiguas civilizaciones por otro regulado por los supuestos de la ciencia y completado con todos los artificios del intelecto. En semejante situación es posible concebir que el peligro surja, no ya de una carencia de conocimientos y de habilidades prácticas, sino incluso de la misma presencia y posesión de ambos en un cierto sector cuando en los restantes falta información. Si, por ejemplo, construyéramos casas con nuestros actuales conocimientos de las leyes físicas y de las experiencias de la mecánica, sin tener en cuenta las condiciones impuestas por la fisiología, probablemente —por adaptar una aparente conveniencia— las haríamos perfectamente estancas, y las mansiones mejor construidas estarían llenas de asfixiantes cámaras. El conocimiento del organismo humano y de las condiciones necesarias a su salud nos preserva del daño que sufriríamos a causa del desarrollo de nuestros poderes sobrenaturales.

Igualmente, el equilibrio mental está protegido de los peligros que acompañan a un interés concentrado en argumentos que no tienen un contacto directo con la realidad.

Pero no por eso deberíamos abandonarlos.

El curso del conocimiento es como el flujo de un poderoso río que, atravesando las fértiles tierras bajas, recoge en su seno la contribución de cada valle. En semejante río es probable que desemboque un torrente de montaña, el cual, encontrando difícil su paso entre las estériles tierras altas, se precipita por alguna escarpada pendiente en el curso de agua más importante, exhibiendo en el momento de su confluencia el más hermoso espectáculo de que es capaz un sistema fluvial. Y esta corriente es el símbolo más idóneo de una línea de pensamiento matemático, que, atravesando difíciles y recónditas regiones, sacrifica, por mor de su limpidez cristalina, la riqueza que aportan estudios más concretos. Semejante curso puede resultar estéril si nunca se incorpora al curso principal de las observaciones y experimentaciones. Pero, si logra abrirse camino hasta la gran corriente del saber, en el momento de su confluencia proporciona un espectáculo de sublime belleza intelectual, contribuyendo así a revitalizar la corriente con un poco de impulso y de misteriosa habilidad.

## *El rey de Persia*

### *Capítulo primero*

Érase una vez un rey en Persia. En una ocasión, durante una partida de caza, llegó a la angosta entrada de un valle. Por todos los lados estaba encerrado entre vastas colinas, que eran aparentemente los espolones de las lejanas montañas. Estos enormes espolones se extendían por un amplio trecho de tierra. Cerca de la entrada donde el rey se detuvo, se aproximaban mutuamente y terminaban en abruptos precipicios. Al otro lado de la embocadura del valle se abría una profunda garganta. El rey, seguido de sus cortesanos, avanzó al galope buscando un lugar donde la hendidura fuera menos profunda, permitiéndole alcanzar el valle descendiendo por él y ascendiendo por el lado opuesto.

Pero según descendía, la garganta se iba haciendo cada vez más oscura y profunda, de precipicio en precipicio, cerrando todos los accesos al valle. Sólo un lugar ofrecía posibilidades de paso: dos masas rocosas que asomaban de una y otra vertiente, como los estribos de un puente natural, dando la impresión de unirse a media altura.

Cuando el rey espoleó su caballo en esa dirección, la masa rocosa tembló y se agitó, y las piedras sueltas retumbaron de una pared a otra del abismo hasta perderse el eco de su caída.

Antes de que su principal cortesano pudiera seguirle, uno de los grandes pilares o estribos cedió y toda la masa se desplomó con gran estruendo. El rey quedó solo en el valle.

—¡Oh, he aquí —gritó— que el rey de Persia se ve constreñido a este angosto lugar! —y siguió adelante, sin preocuparse por el problema del retorno.

Pero cuando se hubo adentrado en el valle a lomos de su corcel, que podía superar las diez leguas por hora, volvió a la entrada y no encontró indicios de vida humana en el borde opuesto de la hendidura. Salvo unas pocas cañas inclinadas por el paso de la columna a caballo, no quedaban huellas de la presencia de seres humanos en muchos años.

La tarde llegó muy deprisa. Sin embargo nadie volvió. De nuevo se adentró el rey a caballo en el valle. En su mayor parte estaba cubierto de altas hierbas, pero aquí y allá una espesa y enmarañada masa de vegetación daba fe de la gran

fertilidad del suelo. La superficie estaba surcada por riachuelos de agua clara, que iban a perderse finalmente en el oscuro desfiladero por encima del cual se había aventurado tan temerariamente. Pero los escarpados riscos no ofrecían por ninguna parte la menor esperanza de huida.

Cuando la noche llegó, el rey se tendió bajo uno de los escasos árboles no lejanos al cañón, mientras el fiel caballo pacía tranquilamente a sus pies.

No se despertó hasta que la luna hubo salido. Entonces, súbitamente se puso en pie y, caminando por el borde de la hendidura, escudriñó la tierra de donde había venido.

Le parecía haber escuchado algún tipo de ruido que no era ni el susurro natural del viento ni el correr del agua. Frente a él vio nítidamente a un anciano vestido con harapos, apoyado sobre una roca, con un largo caramillo entre las manos por el que emitía de vez en cuando unas pocas notas frenéticas.

—¡Ajá, villano! —gritó el rey—. Corre y dile al jefe de tu aldea que el rey le ordena venir inmediatamente, trayendo consigo las cuerdas más largas y las lanzaderas más robustas que tenga.

Pero el anciano no parecía prestarle atención. Entonces el rey gritó:

—Atiende, anciano, corre velozmente y dile a tu amo que el rey ha quedado aquí encerrado y que le recompensará más allá de sus sueños si le libera rápidamente.

Entonces el anciano se levantó y acercándose al borde del cañón se detuvo frente al rey y tocó a intervalos algunas notas con su largo caramillo. Y el rey exclamó:

—¿Puedes oírme? ¿Osas negarte a transmitir mis órdenes? Pues yo soy el rey de Persia. ¿Quién eres tú?

Entonces el anciano respondió, dejando a un lado el caramillo.

—Yo soy aquel que aparece solamente cuando un hombre ha traspasado para siempre el ámbito de las cosas perceptibles. Soy Demiurgo, el creador de los hombres.

Entonces el rey exclamó:

—No te mofes de mí, mas obedece mis órdenes.

El anciano respondió:

—No me mofo de ti, ¡oh, mi Señor! Tú has movido los títeres que yo he creado y tanto los has obligado a bailar sobre la superficie de la tierra que yo te obedeceré gustosamente. Pero no me está permitido pasar entre tú y el mundo de los hombres que has conocido. Entonces el rey se calló.

Por fin dijo:

—Si eres realmente lo que dices, muéstrame lo que eres capaz de hacer: constrúyeme un palacio.

El anciano alzó su caramillo con manos temblorosas y comenzó a soplar.

Era un instrumento extraño, pues no sólo producía los agudos sones del laúd y las desgarradoras notas de la trompeta, sino que sonaba con el sepulcral estruendo de

los gigantescos tubos de órgano; y en medio de todo llegaba intermitentemente un penetrante y sonoro chirrido como producido por algún instrumento metálico al ser percutido. Y fue entonces cuando el rey pareció gozar de los placeres de la mente. Pues en la mente, los tonos delicados y los matices impalpables son siempre fugaces. Es como la armoniosa melodía de una orquesta invisible, pero atenuada por la lejanía, que viene y va en cadencias imprevistas y te abruma con su belleza cuando todo parece en silencio. Y he aquí que mientras suena la melodía —palpable y vasta como el firmamento, o real como las más pequeñas cosas tangibles y materiales— afuera permanece una existencia revelada, que debe conocerse y a la cual siempre se vuelve.

Así pues, al oír el rey esta música, intuyó que algo estaba surgiendo a sus espaldas. Y al volverse contempló la construcción, hilada tras hilada, de un gran edificio. En un abrir y cerrar de ojos el palacio fue completado y acabado hasta el último relieve de las ventanas y la tracería de los más elevados pináculos. Todo había ocurrido mientras el anciano soplaba su caramillo, y cuando cesó todo era perfecto.

Y sin embargo la aparición era muy extraña, pues el edificio, acabado y aparentemente habitable, surgía de un terreno yermo y bravío, salpicado de rocas y estéril.

No había moradas para el servicio en las proximidades del palacio, ni ningún camino que condujera hasta él.

—Debería haber casas alrededor y caminos —dijo el rey—. Hazlos, y crea campos sembrados de maíz, y todo cuanto sea necesario a un estado.

Soplando en su caramillo metódicas cadencias completas, el anciano evocó un grupo de casas, diseminadas a lo largo de los caminos, que se perdían en la distancia aunque de vez en cuando eran perfectamente visibles cuando escalaban algún terreno ascendente. Muy cerca podían distinguirse campos de grano y tierra de pasto.

Pero cuando el rey se dio la vuelta con la intención de caminar hacia el nuevo escenario, el anciano rió.

—Todo es un sueño —exclamó—. Mucho es lo que puedo hacer, pero no a la vez —. Y, soplando en su caramillo fragores de música, dijo:

—Podría ser, pero no todavía.

—¿Qué? —preguntó el rey—. ¿Es todo una ilusión?—. Y mientras hablaba la visión se desvaneció. No había ni palacio, ni casas, ni campos; solamente el escarpado valle encerrado entre precipicios por donde el rey había cabalgado, y el caballo acurrucado a sus espaldas.

El rey exclamó entonces:

—Eres un lunático ermitaño que, solitario, llevas una vida de locura. Vete a la aldea que tú sabes y tráeme ayuda.

Pero el anciano le respondió diciendo:

—Gran rey, estoy obligado a obedecerte y a tus pies pongo toda la fuerza creativa de mi ser; y así, en medio de este valle, crearé para ti seres como los que antes produje. Todo cuanto has visto es nada en comparación con lo que puedo hacer por ti. Los abismos de los cielos estrellados no tienen límite, como tampoco lo tiene cuanto yo puedo hacer por ti. ¿Has contemplado con detenimiento alguna vez en tu vida la calma profunda del océano, y has extraviado tu vista en los insondables abismos? Aun así no encontrarás límite alguno en lo que te daré. ¿Has penetrado alguna vez en tu vida la profundidad de los ojos azules de tu amante, descubriendo en ellos un mundo continuamente en expansión? En tal caso todo lo pongo a tus pies. Ahora que toda la alegría del mundo te ha abandonado, tienes en mí al más devoto servidor que jamás hayas tenido.

Y de nuevo tocó el caramillo y surgió una choza rodeada de una parcela de terreno desmontado y próxima a un manantial.

El rey dijo entonces:

—Aquí deseo morar, y si debo estar separado del resto del mundo, quiero llevar una vida pacífica en este valle.

El sol estaba saliendo, los ruidos habían cesado, y el anciano había desaparecido.

## *Capítulo segundo*

El rey se abrió paso lentamente por la parcela de terreno cultivado, golpeó la puerta de la choza, y luego llamó a grandes voces.

Al no obtener respuesta el sonido de su voz, entró y vio un interior tosco y feo. Había dos formas, a medias tendidas, a medias apoyadas en la pared, y a su alrededor algunos utensilios domésticos. Pero cuando se dirigió a aquellos seres no obtuvo respuesta, y al tocar sus brazos, cayeron al suelo impotentes y permanecieron inertes. El rey fue presa de un terrible miedo a convertirse en uno de ellos. Se alejó de ellos y buscó una posible salida, aunque infructuosamente. Y esa tarde buscó de nuevo al anciano y se informó del tipo de criaturas que eran.

—Pues aunque exteriormente tienen forma de niños —dijo el rey— no hacen nada y parecen incapaces de moverse. ¿Están dormidos por algún encantamiento?

El anciano se acercó entonces al borde de la hondonada y dijo con voz grave y solemne:

—¡Oh rey!, todavía no conoces la naturaleza del lugar en el que te encuentras. Pues estos niños son idénticos en forma y en sustancia a los que tú has conocido. He trabajado con ellos hasta donde he podido. Pero en este valle rige una ley que los obliga al letargo y a la impotencia. Pues aquí, en todo lo que se hace hay tanta pena como placer. Si es agradable descender por una pendiente, igualmente

penoso es subirla. En todas las acciones hay una parte placentera y otra dolorosa, y al saborear cada hierba estos seres sienten el sabor amargo y el dulce tan indistinguiblemente unidos que el placer y el dolor están asimismo equilibrados. Y de la misma manera que el hambre aumenta la sensación de sabor amargo, así nunca es más doloroso comer que dejar de hacerlo. Nada en este lugar, desde los hechos más grandiosos al más pequeño de los movimientos, proporciona más placer que dolor. Y los seres, tal como yo los creé, persiguen el placer y evitan el dolor. Y si el placer y el dolor son iguales, no se mueven ni en una ni en otra dirección.

—Eso es imposible —dijo el rey.

—Al contrario —replicó el anciano—. Te demostraré que es como te he dicho—. Y explicó al rey el modo en que sería posible estimular activamente a los niños, mostrándole cómo podía él despojar a cualquier acción de su parte de dolor, volviéndola más placentera que penosa.

—Así, podrías mandar hacer cosas a los seres que yo te he dado, —dijo el anciano— pero a condición de que asumieras la parte dolorosa que les ahorrarías a ellos—. Y ordenó al rey que cortara las cañas que crecen junto a la hondonada, y le informó de que si las colocaba entre él y cualquier criatura podría asumir una parte de su dolor, dejándoles todo el placer y disminuyéndoles el dolor en la misma proporción.

El rey cortó las cañas que crecían junto al cañón. Luego se dirigió con ellas en la mano a la choza donde yacían estos seres, y colocó una de ellas entre el cuerpo de un niño y él mismo. El niño se levantó y caminó, mientras él sintió un dolor en sus miembros. Descubrió también que, asumiendo el dolor en cualquier parte de su cuerpo, el niño podía ejercitar esa parte; si deseaba que el niño mirase cualquier cosa, soportaba el dolor en sus ojos, y hacía la visión placentera para el muchacho, quien, por consiguiente, posaba de buen grado su mirada sobre el objeto por él designado. Y de nuevo, aceptando un sabor amargo en la boca, hizo que el niño sintiera placer al comer y que recogiera frutos y se los comiera.

El rey, empleando las cañas, puso entonces en movimiento a dos niños, los cuales fueron juntos dondequiera que él deseara. Sin embargo, no tenían ni la más remota idea de la acción que el rey ejercía sobre ellos.

Se reconocían entre ellos y jugaban juntos. Veían al rey y sentían un cierto respeto por él, pero no sabían nada de su influencia sobre ellos. El hecho de que el rey soportara una parte de su dolor les devolvía la sensación placentera de esta o aquella cosa. Sentían que la acción del rey les motivaba.

El rey estuvo todo el día con ellos, conduciéndolos a través del valle y haciéndose cargo del dolor de cada uno de sus pasos a fin de que sólo sintieran placer al andar. Pero a la caída de la noche los condujo de vuelta a la rústica morada donde los encontró. A tal fin soportó el dolor de sus pasos en aquella dirección, rechazando cualquier otro dolor procedente de pasos en otra dirección

cualquiera.
Cuando entraron en la morada el rey apartó las cañas. Inmediatamente los seres volvieron a caer en el estado de apatía en que los encontró y no se movieron más.
Y el rey, a la caída de la noche, buscó de nuevo el flanco del cañón. Mirando a través de él, vio la arenosa extensión de tierra de donde había venido y las grandes piedras diseminadas en torno que parecían pálidas y lúgubres a la luz de la luna. Y poco después percibió la figura de un anciano en la sombra de una roca casi en el margen opuesto.
Lo llamó a grandes voces y le ordenó acercarse. Cuando el anciano estuvo frente a él, le suplicó que le dijera cómo podía hacer para poner en movimiento a las criaturas sin tener que soportar demasiado dolor.
El anciano empuñó su bastón y se lo ofreció al rey, que estaba al borde del abismo.
—He aquí, oh rey, tu secreto —exclamó. Y con la otra mano arrojó el puntiagudo bastón a las profundidades. El bastón se balanceó varias veces de una parte a otra y finalmente se detuvo de nuevo.
Entonces el rey le suplicó que le explicara lo que quería decir.
—Has actuado —replicó el anciano— como aquel que, queriendo hacer balancear su bastón, ejecuta cada movimiento por separado, levantándolo con la mano cada vez que cae. Pero mira, cuando yo lo pongo en movimiento se balancea varias veces por sí mismo, hacia abajo y hacia arriba, hasta que se pierde el movimiento que yo le impartí. Aun así debes hacer que estas criaturas padezcan a la vez placer y dolor, cargando tú con la diferencia y no con todo el dolor.
—¿Debo entonces —preguntó el rey— conceder a estos seres una cierta dosis de placer, soportando parte de su dolor, para luego dejarles actuar hasta agotar este placer acumulado?
El anciano respondió:
—¿Puedo confiarte un secreto? Escucha, oh rey, y te diré lo que subyace bajo las falsas apariencias del mundo. Cuanto te he mostrado es un signo externo y un símbolo de lo que deberías hacer, pero adonde te conduciré está mucho más allá de estas depresiones. En verdad podrías dar a estos seres una reserva de placer, y ellos actuarían hasta que se les agotara; pero entonces serías como uno de ellos. Tendrías que ejecutar la parte dolorosa de ciertas acciones, dejándoles a ellos la parte placentera, y de esta manera estarías inmerso en la misma sucesión de acciones en que ellos lo están. Observa, en efecto, mi bastón cuando comienza a oscilar. No soy yo el autor del movimiento impartido; este movimiento está almacenado en mi brazo y cuando golpeo el bastón con mi brazo es como si hubiera dejado caer otro bastón, que en su caída transmitiera su movimiento al que yo tengo en la mano.

—¿Dónde va, entonces, el movimiento cuando el bastón deja de oscilar? —preguntó el rey.
—Va a las partículas más finas del aire, y continúa transmitiéndose. Es una cadena sin fin. Es como si hubiera innumerables bastones, grandes y pequeños, y cuando uno cayera, o bien ascendiera por sí mismo o bien transmitiera su movimiento ascendente a otro o a otros. Es una cadena sin fin de movimientos adelante y atrás, y cuando uno cesa comienza el otro. Pero, oh rey, deseo llevarte más allá de esa vasta cadena y colocarte, no donde puedas decir: quiero hacer esto o aquello, sino donde puedas decir: esta sucesión de movimientos existe o no existe. Pues si observas este bastón mientras oscila, verás que se mueve lo mismo hacia arriba que hacia abajo, lo mismo a la derecha que a la izquierda. Si se simultanearan todos los movimientos, el bastón estaría en reposo. Su movimiento no es más que inmovilidad separada en movimientos iguales y opuestos. En lo que tú llamas reposo hay muchos movimientos. Será competencia tuya, oh rey, romper la nada en pedazos y crear las cosas. No, oh rey, no te he confiado estas criaturas del valle para que las muevas en acciones externas, sino que te las he confiado porque tú puedes vencer su apatía y hacerles vivir. Y has de saber, oh rey, que todas las cosas de este valle, hasta las más pequeñas, son como estos seres que has encontrado. La más diminuta partícula que hay en este valle, a menos que intervenga yo, está privada de movimiento. Cada partícula tiene la facultad de sentir dolor y placer a la vez, pero según la ley del valle, ambos se equilibran. Por consiguiente, ninguna partícula se mueve. Pero yo las hago mover, y todas las cosas en el valle, tarde o temprano, vuelven al lugar de donde proceden. Las corrientes que se acumulan lejos en el valle las dirijo hasta el lugar en que se precipitan al abismo que existe entre nosotros. Allí se rompen en minúsculos fragmentos, y soy yo el que hace que cada fragmento vuelva a su lugar de origen. Y, ¡oh rey!, en todo este movimiento, puesto que termina donde comenzó, no hay más placer que dolor. La apatía del letargo se ha roto en pedazos. Pero las partículas no completarán el ciclo por sí mismas. Soy yo el que soporta el dolor para que ellas se muevan, cada una según el giro que yo le asigne.
—¿Cómo puedes entonces —exclamó el rey, pensando en el dolor que había sentido al dirigir los movimientos de los niños— soportar tú solo todo este dolor?
—No es mucho —respondió el anciano—. Aunque fuese mayor gustosamente lo soportaría por ti. Piensa en una partícula que haya efectuado todo el giro del que te he hablado: se moverá si, en conjunto, el placer supera, aunque mínimamente, al dolor; y así, aunque asuma yo en cada momento el exceso de dolor de cada partícula en movimiento, el dolor de cada partícula es tan pequeño que todos los movimientos naturales en el valle gravan bien poco sobre mí. Y he aquí, oh rey, que todo está dispuesto para ti. He hecho cuanto he podido. Puedo perfeccionar cualquier proceso natural, cualquier tipo de terreno, cualquier planta y hierba que

haya creado, hasta los seres que has visto. Son mi último trabajo, los pongo en tus manos.

Y cuando hubo dicho esto, el anciano dejó caer su bastón, y, llevándose las manos al pecho, pareció sacarse algo de dentro y arrojarlo al rey con ambas manos.

Momentáneamente el rey no pudo distinguir nada, pero pronto advirtió una luminosidad en mitad de la hondonada. Algo débilmente brillante flotaba hacia él. Al aproximarse la claridad vio que se trataba de un núcleo en donde convergían innumerables rayos, difundiéndose en todas direcciones.

—Toma esto —exclamó el anciano—. Los rayos se proyectan sobre todas las cosas del valle. Lo atraviesan de parte a parte. Por su mediación puedes tocar todo lo que quieras.

El rey cogió los rayos y los puso sobre su pecho; desde allí se irradiaron y, a través de ellos, tocó y conoció cada rincón del valle.

Y pensando en la choza donde yacían los niños, el rey percibió, mediante los rayos hacia allí orientados, que las paredes se tambaleaban y amenazaban caerse sobre los niños. Y siempre a través de los rayos comprendió que los niños se apercibían del peligro de una manera más bien vaga; pero como en sus vidas no había más placer que dolor, no sintieron mayor placer al levantarse y moverse que estando quietos y enterrados.

Como antes había hecho con las cañas, el rey, por medio de los rayos, hizo suyo el dolor correspondiente al movimiento, y los niños se levantaron y salieron de la choza; y pronto se unieron al rey, corriendo y saltando como nunca habían hecho, extasiados por la movilidad y con infinita exuberancia de espíritu. Pero según saltaban y corrían, el rey sintió un creciente dolor en todos sus miembros. Como todavía quería verlos en plena y gozosa actividad, y deseaba sacarlos de esa torpe apatía en que estaban sumidos, el rey vagó toda la noche en su compañía, pensando en las cosas más descabelladas que podían hacer, y guiándoles a través del baile y el juego en cualquier actividad que se le ocurriera. Por fin el sol naciente comenzó a caldear el ambiente, y el rey, exhausto de dolor, dejó de soportarlo por ellos.

Después de unos pocos movimientos lánguidos, los niños se dejaron caer sobre un cómodo banco en un estado de absoluto letargo. El rey los miró. Parecía inconcebible que pudieran ser los mismos niños que habían estado corriendo tan felizmente hacía unos instantes. Hasta ahora no había sacado ningún provecho de los rayos que el anciano le había dado, excepto el de poder estimular a los chicos más fácilmente.

El rey se volvió cansadamente y miró en torno. Su caballo estaba allí. Pero en lugar de relinchar y brincar para festejarle, el fiel animal permanecía inmóvil, mirando a través del cañón.

—Por ventura, sin mi carga y con la fuerza que estos rayos pueden impartir —

pensó el rey— es posible que intente el salto.
El caballo estaba parado frente a los restos del puente natural sobre el cual tan temerariamente habían cruzado ambos el día anterior. El rey alcanzó al caballo con sus rayos. El noble animal, como si repentinamente le hubieran hincado las espuelas, embistió y saltó impetuosamente desde los restos del arco. Sus patas delanteras ganaron el borde opuesto, y con un terrible esfuerzo el caballo fue a dar en tierra firme.
Después se quedó quieto. Los restantes fragmentos del puente cayeron estrepitosamente a la sima, dejando un amplio e ilimitado boquete. El caballo permaneció mirando la hondonada. Pero aunque el rey le llamó por su nombre, la fiel criatura, que solía acudir a él al más ligero susurro, no le prestó atención. En unos instantes se alejó al galope por la senda que habían seguido los cortesanos.

## *Capítulo tercero*

Al quedarse a solas con los niños, el rey se puso a pensar. Dirigió sus rayos hacia uno de los chicos y lo hizo ponerse en pie; después, siguiendo el consejo del anciano, pensó en una acción concreta. La acción concebida fue andar, y la descompuso en dos fases: una para mover el pie derecho, la otra para mover el izquierdo. Y descompuso la apatía que dominaba a los niños en sus dos componentes de placer y dolor: el placer ligado a la acción de mover el pie derecho, y el dolor ligado a la acción de la acción de mover el izquierdo. Inmediatamente, el niño adelantó su pie derecho, pero el izquierdo permaneció inmóvil. El niño había aceptado el placer pero rechazaba el dolor; o, podría decirse, que habiendo el rey ligado el placer y el dolor a dos acciones distintas, el niño había ejecutado la acción placentera y había omitido la dolorosa.
Después de haber esperado algún tiempo para ver si el niño se movía, el rey asumió el dolor de mover el pie izquierdo; al instante el niño movió el suyo, y tan pronto como tocó el suelo de nuevo, movió el derecho, es decir consumó la acción placentera.
Después se detuvo. Y por muchos dolores que el rey asumiese en relación al pie izquierdo, no fue capaz de hacer andar al niño normalmente. Tan pronto como el rey cesaba de asumir el dolor de mover el pie izquierdo, el niño se detenía con el pie derecho adelantado. Finalmente dejó de ocuparse del movimiento del niño, y éste se sumió de nuevo en el letargo.
El resto del día lo pasó el rey reflexionando y haciendo experimentos con los niños. Pero no obtuvo más éxito. Cualquier acción concebida para ellos, era únicamente ejecutada en su porción placentera, omitiendo la parte dolorosa.
Cuando se hizo oscuro, el rey notó la tenue luminosidad de sus rayos: si no los conociera, difícilmente los habría notado.

Ahora probó un nuevo experimento. Desprendiéndolo del resto, cogió uno de los rayos y lo dirigió sobre el cuerpo de uno de los niños, de manera que saliera y entrara en él, en un continuo fluir adelante y atrás.

El rey hizo entonces que se pusiera de pie, y de nuevo intentó hacerle caminar. Ésta era su idea: el niño necesitaba una fuerza que soportara su propio dolor si quería ejecutar un acto doloroso, y como los rayos le capacitaban para soportar su dolor, el rayo procedente del niño, que después volvía a él, podía permitirle soportar su propio dolor.

Como antes, descompuso la apatía en placer y dolor. El niño movió el pie derecho, y cuando lo hubo movido vio que, efectivamente, comenzaba a mover el izquierdo.

Pero no llegó a dar un paso completo, y tras el último movimiento del pie derecho, el izquierdo no se movió.

El rey probó a los niños una y otra vez, pero sus tentativas no llegaron a nada. Lo más que pudo obtener de ellos fue un paso vacilante del pie izquierdo.

Pasaron varias horas. Súbitamente descubrió la causa de su fracaso.

—Por supuesto —se dijo a sí mismo— no se mueven porque me he olvidado de asumir parte del dolor. Si continuaran moviendo sus pies izquierdos, no tendrían equilibrado su placer.

Y probó de nuevo con uno de ellos. El niño movió el pie derecho, después empezó a mover el izquierdo. El rey, por mediación de sus rayos, asumió ahora parte del dolor del movimiento del pie izquierdo, y el niño dio el paso completo. Después, por supuesto, movió el pie derecho, porque el acto era placentero, y otra vez el rey asumió parte del dolor de mover el pie izquierdo, y el niño completó su segundo paso. Andaba. La dificultad había sido superada. Pronto los dos niños estaban moviéndose de aquí para allá como huidizas sombras en la noche, y el rey sintió un leve dolor.

Los niños se le acercarían y hablarían con él, si el rey asumiera el exceso de dolor, haciendo placentera la acción para ellos. Pero estos seres no tenían ni idea de la influencia del rey sobre ellos, pues, gracias a que éste había asumido el exceso de dolor, encontraban la acción placentera, y estaban motivados a hacerla, cosa que no ocurría en su último contacto con el extraño ser al cual hablaban. Le miraban como a alguien más poderoso que ellos, y con sentimientos amistosos hacia ellos.

Tan pronto como se hubo asegurado del éxito práctico de sus planes, el rey dejó que los niños recayeran en su apatía mientras él pensaba. Concibió el propósito de formar con estos niños un estado como los que había conocido en la tierra; un estado con todas las ocupaciones y negocios de un reino, similar al que él había regido anteriormente. La visión del palacio que el anciano le había mostrado surgió ante él. En su imaginación vio los campos fértiles, entrecruzados de caminos; contempló la variada vida de un gran estado. Por consiguiente, desde

aquel momento dirigió continuamente sus existencias, desarrolló sus poderes y aprendió a guiarlos. Y lo mismo que aprendiendo a leer se aprenden palabras completas que luego se descomponen en letras, con cuyas combinaciones se forman otras palabras, así el rey pensó al principio en acciones de naturaleza complicada, como andar, y asoció los momentos de placer y dolor con los actos que componían estas acciones. Pero en seguida se puso a considerar las acciones más simples mediante las cuales los seres podían andar, y asoció placer y dolor a los actos separados de estas acciones simples.

Al principio los seres tenían conocimiento de estos actos simples y nada más; pero, en previsión de acciones más complicadas, el rey desarrolló la vaga inteligencia que había en ellos hasta hacerles tener conciencia de acciones más complicadas. Las acciones más simples llegaron a ser instintivas para estos seres, que las ejecutaban sin saber por qué. Pero si en cualquier momento el rey dejaba de asumir la diferencia de dolor, estas acciones, aparentemente automáticas, se detenían.

A veces el rey encontraba sus planes molestos. De vez en cuando las criaturas caían en un estado de letargo. Soportaban demasiado dolor para que les mereciera la pena acometer acciones tan rutinarias. Pero cualquier complicación adicional u obstáculo imprevisto por el rey era demasiado para ellos, y les ahogaba. Para remediarlo, el rey asumía en cada acción una porción ligeramente superior de dolor que en la precedente. Empleó así una cierta porción de fuerza suficiente para soportar el dolor, para dar estabilidad a los movimientos de rutina. Y el excedente de placer sobre dolor así añadido era sentido por las criaturas como una especie de placer generalizado, que les hacía aferrarse a la vida.

Guiando a estos seres hacia el fin que se había propuesto, el rey tuvo que tratar con seres vivientes y móviles, seres en constante transformación. Y eso le llevó a adoptar como modelo de actividad para estos seres no una acción simple, sino una sucesión de acciones del mismo género, una a continuación de la otra. Así, una criatura a la que se había asignado una determinada actividad, seguía ejecutándola de manera uniforme hasta que el rey deseara cambiarla.

Otra vez era importante reagrupar a los seres para impedir que se perdieran en las zonas remotas del valle. En consecuencia, el rey, dejando el resto intacto, asumió una determinada cantidad del dolor incluido en el movimiento hacia el centro. De este modo, los habitantes del valle estaban inclinados a dirigirse hacia el centro, porque obrando así equilibraban su placer, y estando continuamente a la vista del rey no se perdían.

Por supuesto, si por cualquier razón el rey quisiera alejarlos del centro, bastaría con que dejara de soportar el dolor del movimiento en esa dirección, y entonces ellos estarían únicamente bajo la influencia de otra tendencia, que él les impartiría gracias al dolor aceptado en otra dirección. Y en todo lo que hizo el

rey tuvo en consideración las circunstancias que rodeaban a estos seres, y los objetivos que pretendía lograr. No desperdició ni un ápice de su capacidad de asumir dolor, simplemente para darles gusto, sino que siempre combinaba el placer que les procuraba a ellos con alguna acción externa.

Con el paso del tiempo y el aumento del número de habitantes, el rey introdujo mayor orden y regularidad en las innumerables actividades que había concebido para ellos. Las actividades eran rutinas normales, condicionadas por el ambiente de cada ser y las costumbres de aquellos que vivían con él. Una rutina no cesaba de pronto sin que hubiera compensación; si el rey deseaba detenerla, dejaba que otra actividad ocupara en seguida su lugar, evitando así el desbarajuste. Gradualmente los seres se hicieron más inteligentes, de modo que podía confiárseles rutinas más complicadas, que llevaban a cabo con éxito, siempre por supuesto que el rey asumiera el excedente de dolor necesario para que les mereciera la pena ponerse en funcionamiento. E incluso fueron capaces de llevar a cabo actividades simples a gran escala, que implicaban la cooperación de simples actos mecánicos. Pues tenían un sentido de la analogía, y, habiendo observado determinada actividad a la que el rey les había inducido a pequeña escala, y en la que habían encontrado un equilibrio de placer, estaban preparados para intentar otra similar a mayor escala.

De la inteligencia en aumento de los habitantes del valle se desprendía un rasgo distintivo que vale la pena mencionar. Muchas de las posibles actividades que estos seres podían acometer, en vez de una parte placentera primero y otra menos dolorosa después, consistían en una parte dolorosa seguida de otra placentera. Esto ocurría así debido a la particular disposición de las acciones que formaban la actividad compuesta, acciones que tenían ya asignados sus momentos de dolor o de placer, y solía ocurrir en tales disposiciones que la primera parte de la actividad era dolorosa y la siguiente placentera.

Una vez desarrollada la inteligencia de los habitantes del valle, el rey, haciéndoles pensar en una actividad determinada, podía inducirles a llevarla a cabo. Pues la idea del placer que acompañaría a la segunda parte de la actividad aliviaría el dolor de la primera. Y esto, unido a la porción de dolor que el rey soportaba, contrarrestaba casi el dolor ligado a la primera parte de la actividad. Así era como las criaturas podían superar la parte penosa de la actividad. Pero cuando llegaban a la segunda parte se llevaban una gran decepción. Pues según la ley del valle, el placer y el dolor eran iguales (a excepción de la pequeña parte que soportaba el rey). La expectación había sido tan grande que cuando le llegó su hora a las acciones normalmente asociadas en sus mentes al placer, el previsto placer se había agotado en gran parte.

De estas circunstancias surgió un dicho entre los habitantes del valle, algo exagerado pero con un fondo de verdad relacionado con lo que se ha descrito. El dicho era el siguiente: «El placer que nos hace emprender un trabajo,

desaparece en cuanto éste se acaba, y no queda sino comenzar otro nuevo.» O dicho de otra forma: « El goce de una cosa radica en su anticipación, no en su posesión.»
Todo esto que se ha descrito tan sucintamente había ocurrido en realidad en bastante tiempo. Ahora se cultivaban los campos y se construían mejores casas. La población del valle había aumentado considerablemente en número, y estaba dividida en tribus, que habitaban diferentes zonas del valle. Pero el lugar preferido era el centro, y solía haber disputas y luchas por su posesión. Allí era mayor la actividad de sostén del rey y la vida estaba más desarrollada.
En las inmediaciones del valle moraba la gente más ruda y menos evolucionada, que los más próximos al centro llamaban bárbaros y salvajes.

## *Capítulo cuarto*

Cuando el rey advirtió que los habitantes del valle se parecían cada vez más a los seres humanos que había conocido, comprendió que estaba solo y deseó tener contacto con ellos. Pero cuando compareció ante ellos le reconocieron en seguida como alguien más poderoso que ellos mismos, y tuvieron miedo de él. En su alarma intentaron ponerle las manos encima. Entonces el rey, para impedir sus ataques, retiró su continuo sostén del excedente de dolor de todas sus acciones, y los atacantes cayeron en la apatía, convirtiéndose de nuevo en los niños que había encontrado al principio. Un horrible rumor se esparció entre los habitantes del valle acerca de un espantoso ser surgido entre ellos, que sumía en el letargo y la muerte a todo aquel que le mirase. Por eso, el rey dejó de andar entre ellos. Sin embargo, había pasado tanto tiempo desde que oyó por última vez el sonido de una voz, que deseaba compañía. Buscó de nuevo al anciano, y, deteniéndose en el borde de la sima, le llamó.
El anciano apareció.
—¿Estás cansado, ¡oh rey!, de tu tarea? —dijo.
—No —replicó el rey—. Pero deseo darme a conocer a la población, a fin de hablar con ellos y ellos conmigo.
El anciano le sugirió que entregara alguno de sus rayos a uno de estos seres, quien de esta forma, y dada su capacidad para soportar dolor por cuenta ajena, sería como el rey y le entendería.
El rey inspeccionó todo el valle y entre todos sus habitantes encontró uno física y mentalmente más perfecto. Era hijo de un rey, destinado a su vez a reinar sobre una numerosa población. El rey le dio alguno de sus rayos, los cuales se transmitieron del príncipe al resto.
Inmediatamente el príncipe se despertó, como si saliera de un sueño. Comprendió la existencia y vio que en realidad el dolor y el placer estaban equilibrados. Constatado esto, y conociendo el poder de los rayos, así como la

facultad que tenía, si asumía dolor, de hacer que los demás superaran el placer y el dolor, y despertaran de su apatía, el príncipe exclamó:
—En el valle una cosa sucede a la otra; el dolor sigue al placer, y el placer al dolor. Pero la causa de toda existencia radica en soportar dolor. Por tanto busquemos un final a este espectáculo. Imploremos para ser liberados, pues, al cesar el dolor, podremos finalmente pasar a la nada.
Así el príncipe, sabiendo que la causa de la existencia era el dolor, comprendió vagamente que el rey lo soportaba; y, advirtiendo el arduo esfuerzo de usar los rayos para debilitar la estructura de los habitantes, deseó ardientemente el fin de la existencia.
Con todo, sus actos fueron siempre nobles, y pasó de tribu en tribu, soportando las cargas y provocando la actividad de los durmientes.

## *Capítulo quinto*

Es oportuno dar ahora un preciso informe acerca de las actividades del rey, y explicar cómo mantuvo la multiforme vida del valle.
La mejor manera es tomar un ejemplo tópico y adoptar el método descriptivo árabe: esto es, el que usan los árabes para describir cantidades numéricas. En el sistema de numeración árabe, por ejemplo, si nos preguntan los días que tiene el año, primero contestamos 300, que es una falsa respuesta, pero nos ofrece la mayor aproximación a la centena; después decimos sesenta, lo cual es correcto; finalmente añadimos cinco, obteniendo la respuesta correcta, a saber, 365. En este caso simple la descripción es tan rápida que difícilmente nos damos cuenta de la naturaleza del sistema empleado. Pero el mismo método, aplicado a temas más difíciles, presenta las siguientes características. Primero, se hace una exposición del tema a describir, y se presenta al lector como si fuera auténtica. Después, cuando ha sido comprendida, se hace otra exposición, generalmente algo contradictoria, y la primera opinión formada debe enmendarse. Sin embargo, ambas exposiciones, tomadas en conjunto, son presentadas como auténticas. Cuando en la mente del lector ha tomado cuerpo esta idea, se formula otra declaración que, asimismo, debemos aceptar como correcta, y así sucesivamente, hasta que, con las sucesivas exposiciones y contradicciones, o correcciones, la idea finalmente producida se corresponde con los hechos, tal y como los conoce el descriptor.
Así pues, la actividad del rey será descrita mediante una serie de exposiciones, y obtendremos la verdad del conjunto de exposiciones y sucesivas correcciones por ellas provocadas.
Cuando el rey quería que un ser comenzara una actividad, escindía su apatía en placer y dolor. El placer lo ligaba a un acto que llamaremos A. El dolor lo asociaba con otro acto que llamaremos B.

Estos dos « actos» , A y B, que juntos forman lo que llamamos una « acción» , eran de tal naturaleza que el proceso de ejecutar primero A y luego B formaba parte del método de organización de la vida en el valle.
El acto A podemos representarlo como el movimiento del pie derecho, y el B como el del izquierdo. Entonces, AB será la acción de dar un paso completo. Ésta no es, sin embargo, más que una ilustración superficial, pues los actos que representamos con A y B son actos fundamentales, un gran número de los cuales aparece en cualquier simple acto externo que podamos observar o describir.
Supongamos por el momento que hubiera una sola criatura en el valle. El rey escindiría su apatía con vistas a la acción AB. Pongamos que escinde su apatía en 1.000 partes de placer y 1.000 de dolor. En cuanto al placer, permite que la criatura lo experimente completo; del dolor asume una cantidad que representaremos por 2. El ser tiene, pues, 1.000 partes de placer y 998 de dolor, y la acción se completa. Su sensación se mide con el número 1.000 en el primer acto, y con 998 en el segundo.
Pero no era intención del rey provocar acciones fundamentales tan limitadas y acabadas. Como modelo de actividad fundamental, eligió una acción y la hizo repetir una y otra vez a la criatura. Primero el acto A, después el acto B. Guando se completaba la acción AB, volvía de nuevo a un acto del tipo A, y después a un acto del B. La criatura estaría, pues, ocupada en una práctica de este tipo AB, AB, AB, y así sucesivamente.
Y aunque la criatura hubiera estado sola, y ésta fuera la única actividad que le concerniese, el rey habría seguido soportando 2 partes de dolor por cada una de estas acciones. Habría mantenido la práctica permanentemente, soportando la criatura 1.000 partes de placer en cada A, y 998 de dolor en cada B.
Al llegar a este punto podemos preguntarnos si no sería mejor proporcionar un ejemplo de estas prácticas elementales que el rey puso en funcionamiento. Una petición razonable en apariencia, pero en un cierto sentido demasiado perentoria. Pues en nuestro mundo podemos conocer la naturaleza de los movimientos de los átomos sin que seamos capaces de explicar exactamente cómo es el movimiento de cada uno de ellos. En tales casos no hay más remedio que recurrir a un modelo. Considerad de nuevo el ejemplo de un cristal. Sabemos que el cristal tiene una determinada estructura morfológica, y, sin embargo, por mucho que lo dividamos, sus partes presentan idéntica conformación. No podemos aislar los elementos cristalinos primarios, pero suponemos que deben ser capaces de producir el cristal mediante su combinación.
Por consiguiente, la vida en el valle, en sus principales aspectos, parecía el resultado de una combinación de rutinas como las que hemos explicado. Se registraban cambios y repentinas transiciones, pero el esquema general de vida que predominaba era una rutinaria alternancia de actos placenteros y dolorosos. Estaba elaborada a partir de rutinas elementales, con las que el rey podía contar,

y que, a no ser que modificaran sus combinaciones, tendían a generar procesos rítmicos de mayor importancia. Incluso los cambios y precipitaciones eran de naturaleza recurrente, pues si repentinamente se alteraba cualquier rutina en el valle, se descubrían casos parecidos de alteración de otras rutinas sujetas a condiciones similares. Así pues, el tipo fundamental de acción que el rey instituyó fue una rutina del tipo AB, AB, como se describió anteriormente. Pero hubo dos circunstancias que provocaron una variación, por lo que la simple rutina fue modificada.

Primero: no había solamente un ser, sino varios.

Segundo: el rey quería librarse de vez en cuando de su capacidad de soportar dolor.

No quería tener que usarla continuamente a fin de mantener las rutinas que había puesto en marcha al principio, y aquellas otras estrechamente ligadas a ellas.

Cuando comenzó a organizar la vida de estos seres, no se reservó conscientemente parte de su capacidad de soportar dolor, sino que la proyectó enteramente en las actividades que había iniciado. Sin embargo, de vez en cuando deseaba iniciar nuevas actividades completamente desconectadas de las viejas, y por esta razón se reservaba una parte de su capacidad de soportar dolor, como mostraremos luego.

Los seres eran muchos. El rey eligió que la actividad tipo de cada uno de ellos debía ser una rutina. De esa manera podía contar con la actividad, y considerarla como un proceso asentado en cuyo funcionamiento era posible confiar. Pero con el desarrollo de las rutinas, los seres entraban en contacto entre sí, y, por su simple coexistencia, hacían algo distinto de lo que era una práctica rutinaria. Se entremezclaban de diversas maneras. Luego, a fin de beneficiarse de las combinaciones de estas rutinas, o para modificarlas, fue necesario poner en marcha otras rutinas.

Para poder dar vida a estas rutinas relacionadas entre sí, el rey adoptó el siguiente plan.

En la primera acción AB escindió la apatía de las criaturas en 1.000 partes de placer y 1.000 de dolor, asumiendo sobre sí mismo 2 partes de dolor. Así, la criatura se quedaba con 1.000 partes de placer y 998 de dolor. En la siguiente acción AB no escindió la apatía de los seres en otras tantas partes de placer y dolor, sino en 980 de placer y 980 de dolor; es decir: cada instante la sensación experimentada era menor en 20 unidades a la correspondiente a cada instante de la primera acción.

Es obvio, por tanto, que si, descargándole de 2 partes de dolor, a un ser le merece la pena experimentar 1.000 partes de placer y 998 de dolor, asimismo si el rey soporta 1 parte de dolor, al ser le valdrá la pena experimentar 500 partes de placer y 499 de dolor.

Y una relación similar se establecerá con las diferentes cantidades de placer y

dolor. Está claro que si el ser experimenta 980 partes de placer y otro tanto de dolor, el rey no debería soportar necesariamente lo mismo que cuando aquél experimentaba 1.000 de placer y la cantidad correspondiente de dolor.

Consecuentemente, si el rey dividiera la apatía de las criaturas en 980 partes de placer y 980 de dolor, no sería necesario que asumiera 2 partes de dolor para convencer a los seres a acometer alguna acción.

El rey no tendría que soportar las 2 partes de dolor, y así podría liberar una parte de su capacidad de soportar dolor. Exactamente la cantidad necesaria para convencer a un ser a emprender una acción con instantes de 20 partes de placer y 20 de dolor.

Y esto, con una corrección que más adelante veremos, es lo que hizo el rey. Empleó la capacidad de soportar dolor así liberada en iniciar otras rutinas. Así, en la rutina AB, AB, AB primero de todo estaba la acción AB. Después, junto a la segunda acción AB, el rey (con la capacidad de soportar dolor liberada) iniciaba una acción CD, comienzo de una nueva rutina CD, CD, CD. Así, mientras la primera rutina proseguía y entraba en contacto con otras rutinas, brotaban nuevas rutinas suplementarias que regulaban y se valían de las combinaciones de las viejas rutinas.

La cantidad de momentos de placer en la rutina CD era (con una ligera corrección explicada a continuación) igual a 20, medida en sensación. Así pues, si el valor de cada momento de placer en el primer A eran 1.000, el momento de placer en el segundo A era 980, y 20 en el tercer C. Por tanto, la cantidad total de sensación en el segundo A y en el acto C asociado, era en conjunto (pero con una pequeña corrección) igual a la sensación en el primer A. Los tres elementos característicos de los seres del valle son, pues, bastante obvios.

1. Existe como tipo fundamental la rutina AB, AB, AB, que implica una sensación progresivamente disminuida.
2. Existen rutinas CD, CD, etc., conectadas con la AB, AB, en las cuales reaparece la sensación desaparecida.
3. En la misma acción AB hay una desaparición de sensación. La sensación correspondiente a A es 1.000, la correspondiente a B es 998. Por tanto, parece haber desaparecido una porción de sensación equivalente a 2. Este 2 es, por supuesto, el dolor que el rey soportaba, y era el medio mediante el cual la criatura era inducida a proseguir con su acción. Pero, si lo consideramos bajo el punto de vista de la sensación, parece equivaler a una disminución cuantitativa.

Debido a la corrección antes mencionada, esta disminución cuantitativa estaba regularmente presente en toda la rutina.

A falta de la corrección final, la teoría de la actividad del rey está ahora completa. Existen ciertas dificultades matemáticas que proporcionan una exhaustiva explicación, algo oscura de expresión. Cuando realizamos un examen general de la teoría nos basta con comprobar aproximadamente cómo se

mantiene en pie; pero si intentamos adoptarla, la exactitud de las relaciones numéricas se convierte en una cuestión de vital importancia.
Debe añadirse que los números antes indicados han sido tomados únicamente con propósitos ilustrativos. En realidad, el dolor soportado por el rey era proporcionalmente menor.
La exhaustiva explicación que sigue trata de pequeñas cantidades numéricas. Mejor sería omitirla por el momento, y volver a ella más tarde como consulta.

*Explicación exhaustiva*

De momento nos atenemos a los números usados anteriormente. Cuando el rey hubo liberado la suficiente capacidad de soportar dolor en la segunda acción de la rutina AB, AB para iniciar otra rutina CD, de 20 partes de placer y 20 de dolor, no la empleó toda. Sólo utilizó la suficiente para poner en marcha una rutina en la que los momentos de placer y de dolor experimentaban una sensación de valor 16. La rutina CD estaba compuesta de actos con 16 partes de placer y 16 de dolor.
La sensación en el primer A era 1.000, y en el primer B 998, con una disminución de 2 unidades. En el segundo A era 980, y en el C, iniciado paralelamente al segundo A, no era 20, como podía esperarse, sino 16, con una pérdida de 4. El primer A excede en 20 al segundo. Buscando estos 20, encontramos 16 en C. Pero ha habido una desaparición de 4 unidades.
Examinando ahora los sucesivos actos de cada serie, tenemos en A una sensación de valor 1.000, en B una sensación de 998, y en A y C juntos una sensación de 996. La causa de la pérdida entre A y B ya ha sido explicada. Falta por considerar la que se produce entre B y el segundo A.
Ya se ha dicho que el rey se había reservado una parte de su capacidad de soportar dolor en la rutina AB y todas las relacionadas con ella, de manera que podía iniciar otras actividades completamente desligadas de las que había creado; sin embargo, antes de conducir a estos seres por el sendero de la vida, tuvo en cuenta su naturaleza así como los frutos de su propia actividad. Y, como consecuencia de su reserva de capacidad de soportar dolor, la cantidad de sensación en C no fue 20 sino menos. Esta pérdida de 4 unidades de sensación en la criatura correspondía en el rey a la liberación de cierta porción de su capacidad de soportar dolor. Y así, según avanzaba el proceso, el rey siempre recuperaba alguna porción de su capacidad.
En el cuadro que se adjunta, la primera línea expresa la cantidad de sensación en las acciones AB, AB. La segunda línea de cifras expresa la cantidad de sensación en las acciones CD, CD. La tercera línea se refiere a otra rutina EF, EF, originada de forma similar a CD. La cuarta línea representa la cantidad de dolor soportado por el rey, y la quinta, su disponibilidad de capacidad de soportar dolor.

| | | | |
|---|---|---|---|
| (1) | 1.000 A   998 B | 980 A   978 B   $\frac{40}{1.000}$ | 960 A   958 B   $\frac{80}{1.000}$ |
| (2) | | 16 C   15 $\frac{998}{1.000}$ D | $15\frac{998}{1.000}$ C   $15\frac{658.640}{1.000.000}$ D |
| (3) | | | 16 E   15 $\frac{998}{1.000}$ F |
| (4) | 2 | $1\frac{992}{1.000}$ | $1\frac{991}{1.000} + \frac{360}{1.000.000}$ |
| (5) | 0 | $\frac{8}{1.000}$ | $\frac{8}{1.000}$   $\frac{640}{1.000.000}$ |

Si sumamos la cantidad total de sensación que experimenta la criatura durante la rutina original y las rutinas de las sucesivas fases tendremos:

$$1.000,\ 988,\ 996,\ 994\ \frac{88}{1.000},\ 991\ \frac{680}{1.000}$$

y así sucesivamente.

Al final, la proporción de dolor soportado por el rey era tan pequeña comparada con la sensación experimentada por la criatura que A y B aparentaban análoga sensación.

En el segundo A y en C, juntos, la sensación resulta aparentemente igual a la de B. Y en lugar de una rápida disminución de sensación, como la mostrada anteriormente, el ser sólo podía detectar de manera evidente alguna disminución de sensación si previamente había emprendido la gran multiplicidad de actos de las rutinas primarias y sus asociadas. Así, como antes expuse, había:

1. Una rutina de sensación constantemente decreciente.
2. Rutinas relacionadas, cuya sensación era aparentemente igual a la que perdió en A.
3. Una continua pérdida de sensación en la experiencia de los seres a cada paso de la rutina. La sensación que podían experimentar disminuía con cada paso subsiguiente.

*Capítulo sexto*

La historia de los acontecimientos que tuvieron lugar en el valle, en su debido orden e importancia, debe buscarse en otra parte.

Pero volvamos y contemplemos la situación del valle y de sus habitantes. Veamos qué ha sido de ellos después de tan gran lapso de tiempo.

Es una tierra fértil y hermosa. En la mayor parte está cultivada. No hay guerras: aun en los más extremos confines del valle reina la paz. Dejando atrás los remotos confines donde todavía habita una raza bárbara, encontramos, según nos aproximamos a la metrópoli, gente cada vez más cortés y refinada. En la misma metrópoli, los edificios son numerosos y de gran tamaño. El palacio que el rey había visto surgir al sonar la música del anciano está ahí, pero lo habita otro gobernante. Cerca del palacio existen dos vastos edificios a ambos lados de un amplio patio abierto. En las cercanías no existe ninguna otra construcción salvo un edificio de ladrillo relativamente pequeño, en medio. Estos edificios albergan la sala de reuniones de los dos consejos más importantes del valle. En uno de ellos, a la izquierda del palacio, encontramos a los más distinguidos habitantes, a los cuales, por especial inclinación o aptitud, se les confiaba la regulación del placer y el dolor de todos los demás. Ellos redactaron las reglas según las cuales cada habitante debía conformarse en su búsqueda de placer, y formularon las disposiciones necesarias para que toda la población pudiera aumentar el placer y evitar el dolor.

En el edificio a la derecha del palacio encontramos a aquellos habitantes que habían estudiado más profundamente la naturaleza de la sensación, y que, por temperamento o por otros motivos, habían prestado atención, en el curso de sus estudios, no tanto a los sentimientos, fueran estos dolorosos o placenteros, sino más bien a su cantidad y a la regularidad de su recurrencia. Eran los pensadores, de los cuales la gente práctica extraía sus normas de conducta. Era competencia suya procurar los medios y maneras de ejecutar cuanto se decidía en la otra asamblea. No solían proponer verdaderas leyes, pero siempre eran capaces de mostrar cómo poner en práctica las propuestas del otro consejo.

Ahí radicaba su poder. El rey había asociado las sensaciones de placer y de dolor a determinados actos, y había dado a cada ser una rutina. De la misma manera que el rey había hecho uso de esta rutina y había combinado las rutinas de los diferentes individuos para obtener los resultados deseados, así hicieron los soberanos del valle. Las rutinas de los individuos fueron estudiadas y clasificadas, y cuando se requería algún trabajo se seleccionaban a aquellos individuos cuyas rutinas fueran más apropiadas, y se trasladaban al lugar requerido. A tal fin, era necesario un estudio cuidadoso de las diferentes rutinas, y asimismo el conocimiento de la fase en la que se encontraban. Pues de nada serviría transferir a un trabajo apenas comenzado a un individuo cuya rutina estuviera casi finalizada. Por consiguiente, se idearon los más delicados instrumentos y procedimientos para medir la cantidad de sensación, placentera o dolorosa,

experimentada por cualquier individuo, y se hizo una cuidadosa clasificación de todas las rutinas.
Pero es mejor examinar ordenadamente la constitución del estado, y considerar las cuestiones del placer y del dolor como las más importantes.
Las criaturas sabían buscar el placer y evitar el dolor, y el principal objetivo era hacerles la vida más placentera. Dos fueron las medidas adoptadas: la eliminación de las causas del dolor, y la adquisición de causas de placer.
Causas de dolor y de placer eran para ellos aquellos objetos con los cuales había asociado el rey las sensaciones de placer y de dolor en los momentos iguales y opuestos en los que había escindido su letargo.
Pero en este aspecto estaban hasta cierto punto en un error, pues el rey había escindido su apatía en placer y dolor, no tanto respecto a las cosas como respecto a las acciones. Por ejemplo, en muchas zonas del valle se encontraba una peculiar especie de concha, cubierta de extrañas e intrincadas líneas y marcas. Con respecto a esta concha el rey había separado la apatía de los habitantes en dos momentos: uno de dolor, relacionado con el trazado de las sinuosidades y entrelazamiento de colores sobre la concha, y otro de placer, derivado de la contemplación de la concha una vez descifrados los entrelazamientos y sinuosidades. Además, los habitantes tenían la costumbre de considerar a la concha antes de ser descifrada como un objeto doloroso, y como un objeto placentero después de su desciframiento. Y los que podían se procuraban tantas conchas como les era posible, y experimentaban una oleada de placer al mirarlas.
En épocas más remotas los que descifraban las conchas, o hacían trabajos similares, se veían forzados a ello; eran una especie de esclavos dependientes de la voluntad de sus amos, los cuales les privaban de todos los placeres de la vida. Pero en esas remotas épocas surgió un grave problema, porque cuando los amos les arrebataron todo el placer, grandes cantidades de esclavos se hundieron en el letargo y parecía que el valle hubiese caído en la inercia.
Este hecho produjo un gran temor entre los habitantes del valle, los cuales finalmente decidieron que nunca más deberían ser esclavos. Cuando un habitante trabajaba para otro debía hacerlo porque le mereciera la pena.
De esta manera las cosas supuestamente placenteras veían sensiblemente disminuida su capacidad de proporcionar placer. Pues si a cualquier hombre le hubiera merecido la pena descifrar alguna de esas conchas, habría tenido que dedicarle una gran cantidad de dolor, o casi todo, para compensar el placer que le había inducido a la empresa.
Por consiguiente, una vez entregada la concha no quedaba mucho que gozar, dado que según la ley del valle el placer y el dolor eran equivalentes, y el descifrador, no habiendo padecido en general demasiado dolor, disponía asimismo de poco placer. De hecho, en aquel tiempo la moda de los más

poderosos habitantes de llenar sus casas de objetos considerados placenteros estaba de algún modo sobrepasada, y se había convertido en proverbio: « Es preferible descifrar las propias conchas.»

Podría parecer extraño el hecho de que algunos habitantes pudieran encargar a otros que descifraran sus conchas por ellos, o, en todo caso, que las descifraran de forma que quedara en ellas un resto de placer. Pero este poder por parte de algunos habitantes estaba subordinado a la actuación ordinaria del rey. Pues, soportando la diferencia de dolor en innumerables aspectos de la vida de cada uno de ellos, el rey les hacía la vida en conjunto placentera, y ellos se esforzaban en proteger su propia vida que era fuente de placer. Algunos de los más poderosos habitantes tenían la facultad de negar a los demás los medios de subsistencia, a menos que trabajaran para ellos. De ahí la posibilidad para los más poderosos, en posesión de un margen de placer, de obtener las cosas que querían.

Pero las autoridades, que habían estudiado la vida del valle en relación con el placer y el dolor, intuyeron un peligro en esta relación entre los más poderosos y los menos poderosos. Pues, con el incremento de la población, el poder crecía cada vez más concentrado en pocas manos, y la tendencia general era a obligar cada vez más a los habitantes a asumir la parte dolorosa de las acciones, dejando las partes placenteras para los más poderosos. De vez en cuando, antes que el consejo de los sabios regulase el asunto, grandes cantidades de habitantes se postraron en un estado letárgico. Así es que crearon muchas leyes para frenar la acción de los más poderosos, los cuales, en verdad, estaban tan dispuestos a formularlas como a cumplirlas, ya que no les agradaba ver grupos de gente abandonándose a un estado letárgico.

Pero no sólo en este aspecto, sino en todos los demás, los sabios regulaban los asuntos del valle para hacer la vida más placentera.

Tenían severas leyes contra quienes privasen a otros de placer sin su consentimiento, con violencia o engaño. Hacían todo lo posible por evitar el estado de letargo. Pero en un aspecto sobre todo fueron extremadamente cuidadosos y precavidos: en protegerse de aquellas causas de turbación, ansiedad y dolor que pudieran derivarse de la comunidad en su conjunto. Cualquier cosa tendente a bajar el nivel general de confort fue cuidadosamente excluida. Las irregularidades se redujeron al mínimo; y en cierto aspecto se dio un gran paso adelante.

En el consejo de los sabios encontró gran oposición, pero finalmente se convirtió en ley.

Los nacidos en el valle que padecieran cualquier enfermedad incurable, o deformidad evidente, o que por su aspecto delicado pareciera probable que fueran a causar más dolor que placer, eran inmediatamente eliminados. La ventaja para los habitantes del valle era, a sus ojos, inmensa: su visión no sería

molestada con deformidades, y la penosa obligación de atender a los enfermos experimentaría una considerable disminución en cuanto el edicto se convirtiera en ley.
El importante deber de decidir sobre la eventual extinción sin dolor de cada recién nacido estaba reservado a un grupo de inspectores, que permanecía breve tiempo en cada una de las regiones del valle, por temor a que se dejaran influenciar al conocer personalmente a los individuos cuyos hijos habían provocado su intervención.

## *Capítulo séptimo*

Pasando al otro gran edificio, donde se reúnen los otros sabios, es conveniente describir lo que podría llamarse la evolución intelectual del valle, teniendo en cuenta que su precedente era la evolución moral. El curso que habían tomado las opiniones de los pensadores del valle era el siguiente.
Al principio no tenían ideas claras, sino todo tipo de opiniones simples y suposiciones. Por fin comprendieron ciertas tendencias generales —como la que les impulsaba hacia el centro del valle— y se explicaron muchas inclinaciones que antes les habían confundido. Y estimulados por este gran descubrimiento, lo examinaron cada vez más de cerca. Y descubrieron muchas tendencias especiales, como la que les impulsaba hacia el centro del valle, que el rey había creado y hecho funcionar como regla general, a menos que deseara lo contrario. Y casi consiguieron aislar las rutinas más simples, de manera que en la práctica el sistema adoptado por el rey no constituía un misterio para ellos.
Notaron que un acto A era seguido por otro B. Y, sin tener en cuenta que uno era placentero y el otro doloroso, midieron la cantidad de sensación presente en ambos actos.
Después tomaron la siguiente pareja de actos, es decir: A y B una vez más, y midieron la cantidad de sensación presente en ellos, descubriendo que disminuía gradualmente.
Al principio pensaron que la sensación acabaría por estancarse; pero después advirtieron que se iniciaban otras acciones próximas a la rutina AB, a medida que ésta última disminuía bajo el punto de vista de la sensación.
Naturalmente, estas otras acciones las inició el rey, quien, como se describió anteriormente, había liberado su capacidad de soportar dolor en la rutina AB. Pero, desconociendo por completo esta acción por parte del rey, o la misma persona del rey, la conclusión a la que llegaron fue ésta: que la sensación se transmite. Si no se conserva en la rutina AB, la parte no conservada pasa a las demás rutinas CD, EF, etc.
Entonces midieron con mucha atención y descubrieron, sobre la base de sus cálculos, que las rutinas que brotaban al extinguirse la rutina AB tenían una

sensación igual a la que se había perdido en la rutina AB, AB.
Y de ahí concluyeron que la cantidad de sensación o sensibilidad era constante. La llamaron fuerza viva y dijeron que debía transmitirse y que, dondequiera que apareciese, sería igual a como era al principio. Pero, pasado un cierto tiempo, mediante medidas más meticulosas y más paciente reflexión, descubrieron que una parte de sensación permanecía todavía inexplicable.
Consideremos, por tanto, una rutina consistente en los actos A,B; A,B; A,B. Para que los actos A,B merecieran la pena, el rey soportaba una cierta cantidad de dolor. Refiriéndonos a los números citados precedentemente, si en A hay 1.000 partes de placer, en B sólo habrá 998 partes de dolor. Por consiguiente, la sensación no era igual en los dos actos A y B. Parte de las sensaciones había desaparecido, y la porción ahora considerada —por la cual B era menor que A— no había iniciado aún nuevas rutinas. Esta pérdida no podía ser explicada como ocurría con la diferencia de sensación, entre la primera acción AB y la segunda acción, consistente en los actos A y B sucesivamente. Se había producido una pérdida de sensación contrarrestada por el incremento de sensación en otras rutinas.
Pero además había una pérdida adicional. La porción de sensación que se perdía no era recuperada en ninguna rutina conocida.
Fue precisamente el aguante por parte del rey lo qué produjo la aparición de una pérdida de sensación tal que el acto B era inferior al acto A en cuanto al nivel de sensación. Pero los habitantes del valle —al menos los sabios— estaban firmemente convencidos de que la sensación no podía ser aniquilada o reducida. Así que concluyeron que la sensación se convertía en una forma de la cual no se recuperaba nunca, por lo que podía afectarles. Imaginaron que todavía existía, pero que había desaparecido irremediablemente de la vida de los habitantes del valle.
Con los números que hemos elegido y los sencillos ejemplos que hemos puesto, este razonamiento parece bastante claro. Pero en realidad era tan complicado el estado de las cosas en el valle, y tan pequeña la proporción de dolor que el rey soportaba en cada acción por separado, que haber llegado a este resultado implicaba una investigación de no poco empeño.
Es interesante mencionar las palabras exactas que estos investigadores utilizaron en el valle. Al ejecutar el acto placentero A, dijeron que los seres adquirían una mayor animación. En el cumplimiento del acto doloroso B, dijeron que pasaban a una posición más ventajosa. Utilizaron el término ventajosa porque, tras completar el acto doloroso B, los seres estaban listos para comenzar una vez más la parte placentera de la acción A. Y en esta parte manifestaron más vivacidad.
Pese a la alternativa sucesión de actos de mayor vivacidad y más ventajosos, y aunque la nueva cantidad total de sensación era casi igual de un acto al siguiente, la igualdad —tuvieron que reconocerlo— no era, sin embargo, completa. Una

porción de sensación se había escapado, ciertamente, de la esfera de sensibilidad de la población. Nosotros sabemos que esta sensación desaparecida era en realidad la parte de dolor soportada por el rey a lo largo de toda su vida.

Pero ellos no sabían nada de esto y llegaron a una conclusión bien diferente. Dijeron: « Si parte de la sensación surge y desaparece continuamente de la vida de los habitantes del valle, aunque la sensación no se destruya, está verdaderamente perdida para nosotros.»

Y entonces pensaron: « Seguramente la cantidad de sensación debe ser siempre la misma. Si una parte desaparece continuamente, de manera que no podemos sentirla, la porción dejada atrás, y que sentimos, debe disminuir continuamente.»

Luego concluyeron que la sensación en el valle estaba en gradual disminución. Cada vez se sentía menos. Pasado un tiempo, que ellos calcularon con cierta ostentación de precisión, toda la sensibilidad abandonaría a los habitantes y desaparecería de alguna irremediable manera. Todos los seres del valle caerían en un estado letárgico.

Así, cuando en el curso de sus investigaciones descubrieron la actuación del rey, que era causa incesante de todas las vidas, la interpretaron como la gradual aniquilación de la vida.

Aún nos queda por mencionar el pequeño edificio entre las dos salas conciliares.

Cuando el rey hubo relacionado el placer y el dolor con los diferentes actos que los habitantes del valle debían consumar, tuvo necesariamente que dejar que el acto placentero tuviese prioridad de ejecución. Después, recurriendo a los rayos curvilíneos, consiguió que los habitantes ejecutaran el acto doloroso después del placentero, de manera que ambos formaran la acción completa ideada por el rey. Pero este eslabonamiento no era muy seguro. La gente tenía tendencia a ejecutar el acto placentero y omitir el doloroso.

Pero en las cosas que necesariamente concernían a sus vidas, el rey, asumiendo repetidamente el dolor del acto doloroso, mantenía a los seres en continuo movimiento.

Pues, una vez ejecutado el acto placentero, caían en un estado de letargo, hasta que el dolor del acto doloroso fuera soportado por ellos o para ellos. Por tanto, si el acto del que tomaban la parte placentera, descartando la dolorosa, aparecía ante sus vidas, el rey, soportando el dolor, colocaba una y otra vez en posición ventajosa a los que habían eludido la parte dolorosa, de manera que pudieran iniciar de nuevo la rutina con otro acto placentero. Y a menudo, cuando volvía a empezar, los seres se adaptaban a la rutina y soportaban el dolor del acto doloroso. A muchos, sin embargo, tras una prolongada ayuda, el rey se vio obligado a dejar caer en el letargo, dado que nunca ejecutaban la parte dolorosa de la acción.

El pequeño edificio era ahora la sala conciliar o cámara de investigación de los buscadores de nuevos placeres. Y con nuevos placeres querían decir lo siguiente:

con los actos placentero y doloroso, que decidían las principales rutinas de sus vidas, no era prudente tomar el placer y omitir el dolor, porque eso les llevaría gradualmente a caer en el letargo. Pero eran muchas las rutinas que el rey había instituido además de las principales. Y si aceptaran la parte placentera de las acciones que constituyen estas rutinas secundarias, no se produciría ninguna tendencia al letargo en el curso principal de sus vidas, sino que simplemente tendrían un placer mayor. Naturalmente había que soportar el dolor del acto doloroso, pero como ellos lo rechazaban se lo dejaban al rey.

Hace mucho, a través de uno de los habitantes del valle con el que se había comunicado, el rey había enviado un mensaje a la población invitándola a no aceptar la parte placentera de una acción sin haber aceptado antes la parte dolorosa. Pero en la actualidad se había perdido el recurso de este mensaje, y el pequeño edificio lo habían construido como sala conciliar o cámara de investigación para la búsqueda de actos placenteros. En ella se discutían todas las posibles innovaciones. Y descritas las partes placenteras de estas nuevas acciones, hasta qué punto y en qué grado eran placenteras, la información se divulgaba por todo el territorio.

## *Capítulo octavo*

Además de estos dos edificios principales, había en la metrópoli otros edificios públicos dedicados a fines diversos. Algunos de los más importantes eran colegios dedicados a la educación de los jóvenes.

En el colegio de sensaciones aplicadas había un estudiante que, en apariencia tan hábil como la media de sus compañeros, era en realidad el más atrasado de todos.

Había aprendido maquinalmente todas las doctrinas asimiladas por estas criaturas y podía explicar aparentemente cómo una sensación provocaba otra. Pero en él mismo no había ni una brizna de entendimiento. Parecía carecer del sentimiento de causa y efecto que los demás tenían. Como demostración bastará el siguiente ejemplo.

Para impedir que los habitantes se alejaran demasiado de la metrópoli, el rey había mantenido bajo constante vigilancia todos sus movimientos, y había soportado uniformemente parte del dolor derivado de los esfuerzos que ellos hacían moviéndose en dirección a la metrópoli. Sin embargo, no había aceptado ninguna parte del dolor producido por los esfuerzos tendentes a alejarlos de la metrópoli. Por tanto, ir hacia la metrópoli producía una sensación placentera. Ésta fue la inclinación general creada por el rey, porque de otra manera los seres que escapaban a su control inmediato hubieran ido a la deriva hasta los confines del valle, lejos de los lugares donde latía la vida activa que el rey solicitaba, y perdidos para los demás y para ellos mismos. Impartiendo esta sensación general

de placidez al movimiento en dirección a la metrópoli, el rey agrupó a todos los habitantes, y supo la dirección a la que cada uno tendería, a menos que por razones especiales hiciera más placentero para aquéllos el alejamiento de la metrópoli.
Como ya ha sido mencionado, esta tendencia general había sido observada por los habitantes, los cuales sabían muy bien que cada individuo tendía a la metrópoli y que sólo los fuertes intereses locales, o la falta de puestos disponibles en ella o en sus cercanías, impedían que la alcanzaran. Si en la metrópoli hubiese habido algún puesto vacante, habría sido fácilmente ocupado por los vecinos de los países circundantes, porque ellos tenían tendencia a apiñarse.
Los eruditos la habían reconocido hace ya tiempo como una de las más importantes leyes del valle. Y los estudiantes de la escuela de sensaciones aplicadas sentían que era una verdadera ley y que todo cuanto derivaba de ella era evidente en sí mismo.
Pero los estudiantes de los que hablamos no tenían esa feliz y moderada sensación con respecto a esta ley. No eran capaces de sentirla como necesariamente auténtica.
Un día, hablando con los principales alumnos —los que casi habían finalizado sus estudios y en breve ocuparían puesto en el valle— el director de la escuela dijo accidentalmente en el curso de sus observaciones que los que se alejaban de la metrópoli eran atraídos hacia ella tanto como los que se acercaban a la misma.
—¿Por qué se alejan entonces? —preguntó el estudiante obtuso que, con gran diligencia y desde hacía mucho tiempo, había trabajado laboriosamente aprendiéndose todo de memoria. Había olvidado su acostumbrada cautela y su adquirido hábito de preguntar únicamente por cuestiones ya formuladas con anterioridad, para refrescar su memoria con las respuestas oídas precedentemente.
El profesor desaprobó la estúpida pregunta.
—Mientras el hipotético ser —respondió— es atraído hacia la metrópoli de conformidad con la ley general, podría sufrir sin embargo algún estímulo más fuerte a alejarse de aquélla. El hecho de que se aleje demuestra, naturalmente, que su provisional estímulo a alejarse es más fuerte que su permanente atracción hacia la metrópoli.
El estudiante agradeció la explicación.
—Pero… —dijo.
—¿Qué? —respondió el profesor.
—La única razón para suponer que los seres son atraídos hacia la metrópoli radica en el hecho de que se acerquen a ella. No comprendo por qué afirma usted que para ellos es agradable acercarse a la metrópoli cuando en realidad no lo hacen.
—Pero lo sabemos —dijo el profesor.

—No —respondió el alumno—, solamente lo supone. Porque suceda en muchas ocasiones no hay que suponer que ocurra siempre así. Parece usted un salvaje que asaltase la casa de un hombre civilizado: si prueba por la ventana, encontrará en ella al hombre civilizado; si prueba por la puerta, ocurrirá lo mismo; y si vuelve a la ventana, se lo encontrará de nuevo. Por tanto, concluye que en la casa hay dos hombres; y más adelante imagina que hay tantos hombres en la casa como lugares por donde intenta penetrar.

El estudiante había hablado sin reflexionar. Pero la comparación con un salvaje, aunque realizada deprisa y en buena medida como ilustración, molestó al profesor, el cual dijo:

—¿No cree usted que la ley de atracción hacia la metrópoli es universal y afecta a todos los habitantes?

—No puedo —replicó el estudiante.

—Entonces deberá ir a un lugar desde donde la sienta —dijo el profesor—. Mañana irá a los confines extremos del valle y se detendrá allí hasta haber cambiado de parecer.

Dijo esto con modales arrogantes aunque corteses. Ser desterrado de esta manera constituía un terrible golpe a las expectativas de cualquier estudiante. Y sin embargo, el profesor actuaba dentro de su estricto derecho legal, y el estudiante lo sabía. Había evitado el peligro a lo largo del curso, y ahora se precipitaba sobre él como una avalancha. Pues, así como hace mucho tiempo había habido en el valle opiniones acerca del rey, y se había castigado a cualquiera que no las admitiera y fuera descubierto, ahora, cuando todas las ideas acerca del rey habían sido refutadas, tenían severas normas sobre la creencia en las leyes.

La clase docta era una secta de sacerdotes, y quienquiera que amenazase con crear confusión y trastorno negando alguna de las leyes conocidas, e incitase a la gente ignorante a descuidarlas y negarlas, era sometido a severos castigos. En el caso de este estudiante, el error no tenía tanta importancia, por cuanto había cometido su ofensa en presencia de gente bien instruida, que todo lo más sonreiría ante su locura. Pero el joven se había permitido insultar al director de la escuela, y su castigo fue unánimemente considerado suave y justo. Y sin embargo no estaba del todo equivocado. No era como en tiempos del rey, el cual (cuando quería que un ser se alejase de la metrópoli) soportaba usualmente una porción de fatiga al ir allí; y, al mismo tiempo, la contrapesaba cargando con una porción todavía mayor del dolor implicado en su alejamiento de la metrópoli. De ningún modo. Cuando el rey quería que un hombre se alejara de la metrópoli, le dejaba comenzar de nuevo, como si, de acuerdo con las condiciones a que estaban sujetos los seres en el valle, fuera en igual medida placentero y doloroso moverse en cualquier dirección; y asumía una porción del dolor implicado en el alejamiento de la ciudad.

Por consiguiente, una vez expulsado, el estudiante trató de examinar seriamente el motivo de su equivocación. El lugar de su exilio estaba en los confines del valle, donde vivía una pacífica raza de salvajes, dedicados a la agricultura. En la tranquila y monótona vida del lugar reexaminó el curso completo de su existencia, pero no pudo obtener ningún sentimiento diferente. Y mientras estaba inmerso en profundos pensamientos, le entraron ganas de mezclarse con los salvajes y hacer lo que ellos hacían. Con gran sorpresa por su parte, cuando se disipó su preocupación, se encontró extraordinariamente a gusto entre ellos. Sus gustos parecían concordar con los de él. Y llegó a la conclusión de que en realidad era un salvaje, admitido por error en la escuela. Con semejante convicción, abrazó sinceramente el tipo de vida que le rodeaba. Con el tiempo se ganó la confianza de esa gente ruda e inculta, que le hablaba sin ninguna reserva. Muchas curiosas tradiciones se transmitieron de generación en generación. Algunas procedían del tiempo en que el rey paseaba por el valle y hablaba con los niños cuya actividad había despertado. Otras procedían de la época en que apareció entre ellos una persona a la que el rey había dado alguno de sus rayos, por lo cual podía reducir el dolor en las acciones de los demás, incitándoles así a moverse.

Todas estas tradiciones se las contaron al estudiante en el exilio.

Sus creencias eran las siguientes. Creían en un poder superior, en el cual reconocían al rey; pero no sabían de qué forma este poder les estimulaba. No obstante, lo relacionaban de alguna manera con el placer y el dolor. Pensaban que él sufría dolor cuando ellos sentían placer, pero no en los términos exactos en que realmente sucedía. Simplemente pensaban que el rey sufría al verles sentir placer. Temían, sin embargo, que si le desagradaban demasiado podría quitarles todo el placer dejándoles únicamente el dolor.

El estudiante vio ahora con claridad algunos de los errores y las contradicciones de sus creencias. Por ejemplo, sabía que los seres únicamente perseguían el placer, y que, apenas éste se equilibraba con el dolor, caían en el letargo y después gradualmente se desvanecían. Aceptado esto, no era necesario, como ellos pensaban, comprender la actuación de este poder superior. Pero una de las cosas que dijeron le impresionó: cuando obtenían placer, este poder sufría.

No podía aprobar los resultados de sus vidas que, en consecuencia, estaban controladas muy lúgubremente, aunque con una buena dosis de alegría inconsciente. Pero sabía a ciencia cierta que había una constante disminución de sensación. Y, puesto que también le constaba que las criaturas del valle no hacían nada que no fuera placentero, concluyó que, aunque tanto el placer como el dolor podían desaparecer, el segundo debía hacerlo en mayor grado. Dado que la sensación no se anulaba sino que escapaba a la percepción de los habitantes, se deducía que debía transmitirse a alguno de ellos. No desaparecía como sensación, sino que se alejaba del estado emocional de los seres. ¿Existe, pues,

algún ser —se preguntaba el joven a sí mismo— de cuyo poder hable esta sencilla gente, y el cual soporte el exceso de dolor, haciéndonos placentera la existencia? ¿Es ése el significado de sus afirmaciones de que nuestro placer le hace sufrir? Ésta es, la verdad vista retrospectivamente es decir, que, mediante su asunción de dolor, obtenemos placer, el cual es manipulado por los seres en beneficio propio: nuestro placer le hace sufrir.

Al llegar sus reflexiones a ese punto, el estudiante se acordó de cierto libro que trataba de las antiguas creencias del valle. Resultó ser uno de los libros que había traído con él a su exilio. Tomó nota mentalmente y por la tarde se dispuso a consultarlo. Y en una nota a pie de página, hacia el final del libro, leyó:

« La existencia de un poder que modela el valle en beneficio de los seres que lo habitan está tajantemente refutada. En primer lugar, por la cantidad de sufrimiento que existe en el valle. En segundo lugar, por la escasez de modelos diferentes de vida y la constante modificación de un solo plano que asegura diferentes resultados, los cuales serían mucho mejores mediante el uso de modelos y recursos radicalmente distintos. En tercer lugar, por la ausencia de cualquier indicación acerca de tal poder, excepto en las tradiciones de las tribus primitivas.»

Al leer esto, el estudiante se levantó y comenzó a pasear por la estancia. Era evidente para él que, si el poder del ser residía en soportar parte del dolor, el primero de estos argumentos caería por tierra. La presencia de dolor en el valle probaría que este poder asumía solamente una parte de él, no todo. En cuanto al segundo argumento, sucedería que el ser que, soportando dolor, hubiera dado vida a otros habitantes, actuaría con economía: preferiría alcanzar sus objetivos con el mínimo gasto posible de medios.

El joven abandonó semejantes reflexiones.

Podría parecer sorprendente que el rey no se hubiera comunicado de alguna manera con el estudiante, ya que por mediación de sus rayos conocía todo cuanto pasaba en su mente. Pero el rey había constatado repetidas veces que, manifestándose a cualquiera de los habitantes del valle, producía un efecto que, si de inmediato era benéfico, a la larga era sumamente desastroso. Pues los propósitos que se prefijaba y hacia los cuales conducía a los habitantes, eran mucho más elevados de lo que cualquiera de ellos pudiera comprender o concebir. Y los habitantes, tan pronto se ponían en contacto con él, creían conocer su última voluntad. Además, tratándose de gente con ideas fijas, una vez recibido el beneplácito por sus contactos con el rey, precisarían arduos esfuerzos para erradicar aun las más absurdas ideas concebidas por sus mentes.

Cuando el estudiante salió al aire libre no vio más que las estrellas, y no oyó más que al viento. Sin embargo, conocía tan bien el camino que anduvo deprisa sin tropezar en la oscuridad. No había ido muy lejos cuando vio una especie de luminosidad. « Es la luna que empieza a salir» , pensó. Pero advirtió que había

sobrepasado la luz y la estaba dejando atrás. No podía haber sobrepasado la luna de esa manera. Se dirigió hacia la luz y cuando la alcanzó le pareció un tenue báculo luminoso. Lo tocó con las manos, y aunque no sintió nada, pudo cogerlo y se alejó con el tenue destello.

No había ido muy lejos cuando tropezó con algo que yacía en el sendero. Inclinándose, lo tocó con la mano y comprobó que era el cuerpo de una criatura como él. « Está rendido por la fatiga. ¿Podría ayudarle?» , pensó. Se levantó y miró en torno suyo, dejando que el destello luminoso que llevaba en la mano tocara el postrado cuerpo. « Me gustaría que pudiera levantarse por sí mismo» , pensó. Tan pronto como formuló este deseo, notó una sensación de dolor en sus miembros y la figura se levantó.

—No podía moverme —dijo— hasta que viniste, pese a tener motivos para seguir adelante. El dolor era igual al placer.

—¿Quién eres?

—Soy un errabundo y trato de encontrar el lugar en donde nací; allí me ayudarán.

Había ahora en el valle una cierta clase de gente llamada errabunda, que se había mostrado incapaz para cualquier tipo de trabajo. Si eran inofensivos, se les permitía vagar en torno, subsistiendo de la caridad.

El estudiante caminó junto a este errabundo, y a cada paso que éste daba experimentaba una sensación de dolor en sus miembros. Pero ambos caminaron deprisa hasta llegar a la morada que el estudiante acababa de abandonar, donde dejó que el errabundo descansara en sus aposentos. Después salió de nuevo, llevando consigo unas pocas cosas indispensables.

## *Capítulo noveno*

Después de dejar al errabundo alojado y a salvo, el estudiante decidió ir a visitar a un amigo que vivía en una ciudad no muy lejana de la metrópoli. Este amigo había sido su más íntimo compañero en los inicios de su vida estudiantil, pero, como era mayor, había acabado sus estudios más pronto, y había abandonado la metrópoli antes de la desventura del estudiante. Al abandonar su lugar de exilio, el estudiante se exponía a un castigo y renunciaba a los medios de subsistencia que habían sido dispuestos para él. Se veía obligado a vagar como un errabundo, confiando en la generosidad de los que se cruzaran en su camino.

Por lo general fue recibido con hospitalidad. La región estaba muy alejada de la metrópoli, los habitantes se alegraban de poder hablar con un forastero, y los errabundos disponían, en general, de todo un surtido intercambiable de noticias y comidillas. Pero no habló con ninguno de lo que se agitaba en su mente, salvo en una ocasión.

Mientras caminaba por la mañana temprano fue saludado por un habitante que

parecía un granjero acaudalado. Algo en el aspecto del estudiante le había atraído, pues, al saber que se dirigía a una ciudad lejana, le propuso que se detuviera y tomara con él la primera comida del día. Este habitante había sido un empleado del consejo del placer y el dolor. Pero la vida sedentaria había sido demasiado penosa para él, y se había ido a vivir al campo, a una pequeña propiedad suya, hasta haber superado su tensión nerviosa.

—¿No encontraba muy aburrida la región de donde procede?

—No; descubrí que la gente tenía muchas cosas interesantes que contarme.

—Tienen tradiciones muy peculiares. Recuerdo que en nuestro consejo se debatió si eran perniciosas o inofensivas; se decidió que eran inofensivas y poco dadas a propagarse.

—He hablado mucho con ellos desde que vivo en su compañía, y he llegado a la conclusión de que en sus creencias hay gran parte de verdad.

—¿De veras? Sin duda no creerá que nuestro placer pueda desagradar a ningún ser ajeno a nosotros.

—No; pero vuelvo al viejo concepto del que ya ha oído hablar: que existe un ser que nos convoca a la vida y está sobre nosotros. Y creo que este ser sufre para hacernos la vida placentera. Usted sabe que una parte de sensación desaparece, y que el dolor desaparecido es mayor que el placer.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Sabemos que el placer no excede en demasía al dolor. Por tanto, si en el transcurso del tiempo pasado la sensación desaparecida fuera de placer, quedaría un exceso de dolor y con el tiempo caeríamos todos en el letargo. Por consiguiente, o bien desaparece una mezcla de placer y dolor, o solamente el dolor. Imagino que sólo el dolor. Estas extrañas doctrinas son verdaderas, sólo que expresadas en forma peregrina. El ser superior acepta continuamente el dolor, haciéndonos placentera la existencia y dando lugar así a que nos movamos y actuemos. El dolor de nuestra vida es, por tanto, lo que queda del dolor que él no ha asumido.

—Me parece una doctrina muy lúgubre. Puedo imaginar, cierta poesía en la idea de un ser de poder infinito, fuerte y glorioso, pero no en la idea de un ser doliente.

—Cuando era usted un niño pensaba que su padre podía hacerlo todo. Pero al crecer y descubrir que él también tenía apuros, ¿ha disminuido su respeto por él, o su agradecimiento por cuanto hizo por usted?

—No. Se refiere usted a que si bien no consideramos del mismo modo a este ser, admitiendo su existencia, deberíamos, sin embargo, sentir gratitud hacia él.

—Ciertamente. Y, considerando la actitud que hemos tomado con respecto a él, este sentimiento de gratitud actúa sobre nosotros como un revulsivo. Pero, aparte de la gratitud, no veo por qué deberíamos perder cualquier otra sensación, como parece usted echar de menos. ¿No se acuerda de que, en el transcurso de los estudios que emprendimos, nos enseñaron que en el conocimiento hay dos partes

—una que corresponde a la realidad, y otra introducida por la acción de nuestras propias mentes— y que, por tanto, determinadas características que al principio pensamos que eran debidas a la naturaleza de las cosas en sí mismas, resultan ser, a través de la reflexión, únicamente la percepción de nuestras propias acciones mentales?
—Sí. No percibimos completamente la realidad, la comprendemos en función de como la percibe nuestra mente.
—Y, naturalmente, la forma de actuar de nuestra mente nos hace percibir ciertas cualidades como parte de la existencia real, aunque no pertenezcan del todo a ella. Estas cualidades proceden de nuestro propio proceso mental. En los viejos tiempos las consideraban cualidades de la realidad no introducidas en ella. Y gran parte de la solemnidad del concepto relativo a los seres de los que hablamos fue debida a mera exaltación y prolongación de estas cualidades, las cuales no se corresponden para nada con la realidad. Así, la solemnidad del concepto de estos seres se debió a la exaltación de las cualidades que únicamente se originan en nuestra mente.
—Esto explica que el concepto se haya desvanecido. Pero dígame de una vez por todas, con un ejemplo. Explíqueme lo que quiere decir, refiriéndose a alguna cualidad en concreto.
—No puedo hacer eso, tengo ideas confusas en la mente; con todo, siempre es bueno concretar. Algo así. Cuando observamos un objeto cualquiera siempre le atribuimos un cierto poder. Todas las cosas tienen, de alguna manera, su propio poder de oponerse, de moverse, de influir en nosotros. Así, todo lo que percibimos nos parece poderoso. Y dado que esta cualidad de ser poderoso está presente en todas las cosas, probablemente penetra por la mente, y es más bien una parte del proceso mental con que nos hacemos una idea de la realidad que una cualidad propia de esa misma realidad. Siendo así, cuando suponemos que un ser tiene la cualidad de la «omnipotencia», no estamos haciendo ninguna suposición acerca de ese ser, sino que únicamente extendemos una cualidad sin relación de ningún tipo con la verdadera naturaleza de las cosas. Hemos dejado de hablar del ser, y ampliamos el concepto que surge solamente de la única manera en que podemos percibir.
—Usted diría seguramente que este ser es poderoso.
—Por supuesto, si pensamos en él debemos suponerle poderoso; lo exige la naturaleza de nuestro proceso mental. Pero es harto estéril hacer hincapié en el concepto de su poderío; el único esquema válido de pensamiento consistiría en indagar el tipo de poder que tiene. Los que han meditado acerca de este ser, han mostrado una tendencia a representar su grandeza en todos los aspectos. Pero no siempre han sido juiciosos al hacerlo, porque, incapaces de separar sus verdaderas cualidades de las que ellos le atribuyen en virtud de su particular modo de percepción, han acabado por hacer hincapié en descripciones que, por

un lado, no se corresponden para nada con la realidad, y, por el otro, no logran conmover a quienes se proponían impresionar. Se ha urdido una excusa. La naturaleza de este ser es secreta. Ha sido relacionada con preguntas introspectivas acerca del origen de nuestro modo de percepción. Todo esto debe desecharse. Este ser es la causa de toda nuestra vida, y sin embargo necesita de su ayuda, tal y como usted entiende el concepto.

—Me gustaría acompañarle a ver a su amigo y oír lo que tenga que decir.

—Venga, con mucho gusto.

Así fueron juntos a la ciudad. En el camino, el empleado sintió una alegría de vivir como no había gozado desde hacía tiempo. Hablaron entre ellos, intercambiando confidencias. Finalmente, llegaron a las afueras de la ciudad en donde vivía el amigo del estudiante. Allí se separaron: el empleado entró en la ciudad, y el estudiante fue a casa de su amigo. El sendero que el estudiante siguió atravesaba un bosquecillo de vegetación muy densa. Conforme avanzaba, notó que había perdido el sendero. Cuando se detuvo a reflexionar acerca de la dirección que debía tomar, creyó oír un ruido. Se repitió. Adentrándose en la parte más umbrosa del bosque, estuvo explorando hasta que al final encontró —cuidadosamente oculto— un niño, todavía bebé.

El niño casi había muerto por el abandono.

El estudiante lo recogió y lo calentó. Cuando el niño se recuperó un poco, se hizo evidente el motivo por el que le habían escondido. Su respiración era angustiosa y penosa. Padecía alguna afección pulmonar que le hacía sofocarse al respirar. Por lo demás, el niño estaba bien desarrollado y parecía de constitución fuerte. Todo hacía suponer que lo habían abandonado tan lejos para despreocuparse de rescatarlo. El agotamiento causado por el abandono, añadido a las dificultades de su respiración, era demasiado para el niño, que decaía ostensiblemente.

«Si pudiera asumir el dolor de su respiración», pensó el estudiante, «tal vez resistiera hasta que le encontrara algún alimento».

Levantó la cabeza, pues le pareció como si alguien le golpease en el pecho. No había nadie. El dolor continuó. Sin abandonar al niño, el estudiante prosiguió su camino a casa de su amigo. Cuando llegó, advirtió una insólita calma en las casas circundantes. Entró y fue recibido por la hermana de su amigo. Súbitamente comprendió que algo debía haber sucedido. La mujer lo condujo a una estancia escasamente iluminada donde vio a su amigo, que yacía inmóvil con el rostro completamente lívido.

—Hace tiempo que sufre grandes dolores —dijo—. Se pensaba que si era capaz de soportar el dolor, las cosas seguirían su curso y él no se hundiría. Pero de nada sirvió todo lo que pudimos hacer.

La habitación estaba llena de todas las cosas consideradas placenteras, y la muchacha miraba en derredor al hablar.

—No sirvió —y diciendo esto, cogió al niño de entre sus brazos y lo dejó junto al

cuerpo tendido de su hermano.
El estudiante se sentó a su lado, sintiendo todavía una extraña opresión en el pecho.
Después salió de la estancia y descubrió que el niño había revivido del todo. Todavía parecía sofocarse al respirar, pero sus ojos estaban brillantes y reía.
—Muy pronto estará bien —dijo la hermana de su amigo.
—Dígame qué le ha ocurrido a su hermano.
Cuando se hubo enterado de su enfermedad volvió a la estancia. Después de algún tiempo sentado a su lado, empezó a sentirse cada vez más apenado por la pérdida de su amigo y la falta de sus consejos. Esta forma inerte e indecisa, esta masa sin vida, era lo que él había venido a buscar, era el ser con quien tanto había deseado conversar.
Se inclinó sobre él. «¿Podría devolverle la vida? ¿Podría tener con él un intercambio de ideas al menos por una hora? Si hubiera estado a su lado, podría haber asumido parte del dolor de su enfermedad antes de que le dominara.» Tocó sus manos exánimes: estaban frías y húmedas. Contempló el rostro inexpresivo. Parecía sentir el dolor de la lucha interior que su amigo había emprendido contra el mal. La quietud de aquella silenciosa cámara había desaparecido para él; sentía en su propia persona los tormentos de la lucha por la vida. Un velo pasó por sus ojos, mientras caía al suelo aferrado a las manos de su amigo. De repente escuchó una voz. Se levantó y miró en torno. El débil sonido procedía de los labios de su amigo.
—He estado muy enfermo —fueron las palabras que pudo entender—. Estoy tan contento de que hayas venido; en mis peores momentos pensaba en ti. Has llegado justo cuando comienzo a sentirme mejor.
Verdaderamente sus facciones recuperaban la expresión y sus manos estaban tibias. Era otra vez su amigo, vivo como antes.
Pasadas unas horas se había recuperado lo suficiente para poder escuchar todo lo que había ocurrido. Hablaron larga y seriamente. Su amigo se convenció.
—Vayamos con tu compañero —dijo.
Juntos fueron a la ciudad. Se enteraron de que el empleado había ido a la sala de los magistrados, donde se celebraba un proceso.
Al principio no le vieron, por lo que atendieron al juicio. Comparecía una mujer que había estado en prisión algunos días, acusadas de ocultar a su hijo. El cargo fue claramente probado. La mujer recibió la sentencia con evidente apatía.
—No saldrá viva de la cárcel —dijo el amigo del estudiante, notando la expresión de la mujer.
Pero el joven la llamó a grandes voces desde el sitio que ocupaba en la sala.
—No tenga miedo, su niño está a salvo.
El rostro de la mujer se iluminó, siguiendo alegremente a sus carceleros.
El magistrado había notado quién era el que había hablado y se disponía a

ordenar que el alborotador fuera conducido a su presencia para ser castigado. Pero el empleado, sentado cerca del magistrado, al que conocía, dijo:
—Ésta es la persona de la que le he hablado; le ruego que no le castigue.
El magistrado, por consiguiente, se limitó a amonestar al público en términos generales.
Pero le dijo al empleado:
—Hay algo en él que me repugna, no me cuente nada más de él.
Los tres regresaron juntos, y juntos discutieron la mejor manera de hacer pública la nueva teoría acerca del rey. Optaron por ir a la metrópoli y hablar con los más sabios y cultos.
El estudiante preguntó por el niño. La hermana de su amigo llegó y le dijo que su respiración no mejoraba, pero que el pequeño era fuerte y travieso.
—Pertenece a la mujer hoy procesada —dijo el estudiante— y debemos cuidarlo hasta que ella salga de prisión.
Tras una breve deliberación, su amigo confió el niño a un fiel sirviente para que lo llevara a la metrópoli, donde un enfermo podría pasar más fácilmente inadvertido.
—Y tú —dijo— podrás vigilarlo.
Cuando el estudiante y el empleado estaban a punto de partir para la metrópoli, el amigo del primero se llevó a éste aparte.
—Mi hermana me ha dicho que cuando tú has llegado estaba sumido en el letargo.
—Sí.
—Y, ¿me has vuelto tú a la vida?
—Sí.
—¡No sé cómo agradecértelo! Si no hubiera sido por ti nunca habría vuelto a gozar de la vida. Te estoy muy agradecido.
—No me lo agradezcas a mí, sino más bien a ese poder que te ayudará a lo largo de toda tu vida como yo lo he hecho momentáneamente. E incluso en esta circunstancia, no es a mí a quien debes gratitud, sino a él, porque si he sido capaz de librarte del dolor ha sido solamente gracias a él.
Dicho esto se despidió de su amigo, y prosiguió su camino con el empleado.
No habían ido muy lejos cuando un séquito de sirvientes surgió detrás de ellos. Permanecían a un lado del camino, pero de entre ellos se adelantó un joven.
—Me he enterado de lo que ha hecho usted y me he apresurado a alcanzarle.
—¿Qué desea?
—Quiero ir con usted. Sé que ha devuelto a su amigo a la vida, sacándolo del letargo en que estaba sumido. No existe poder tan grande como ése. Soy extremadamente rico, y todo lo que tengo lo pongo a su servicio; muéstreme su poder.
En el valle la riqueza es sinónimo de abundancia de cosas placenteras. En ese

momento el estudiante estaba soportando el continuo dolor de la respiración del niño, además del producido por la enfermedad de su amigo. Notó que antes de sentir placer —es decir, antes de poseer cosas placenteras— sería necesario renunciar al poder que estaba ejerciendo, por lo que le dijo al joven en tono brusco:

—No puede usted comparar la riqueza con lo que yo hago, ni cambiar la una por lo otro. Primero renuncie a todas sus riquezas, después podrá empezar a enterarse de lo que hago.

El joven retrocedió, pero una vez más habló:

—Renunciaré a una gran parte de mis riquezas si usted me instruye.

—Si quiere usted conservar algo, aunque sea una mínima porción, no podrá hacer lo que yo hago.

Entonces el joven y todos sus sirvientes se alejaron.

## *Capítulo décimo*

Cuando llegaron a la metrópoli, el empleado presentó al estudiante a muchos de sus conocidos. Por su posición en la cámara del consejo, podía inducir a los más capaces consejeros a que vinieran a interrogar al estudiante. Pero una vez en su presencia, una especie de situación embarazosa se creaba entre ellos. No atribuían ningún significado real a las palabras del estudiante. Todo el tiempo lo empleaban en especular sobre el motivo que le empujaba a decir esas cosas, y sobre la diferencia que sentían que existía entre ellos y él.

De hecho, según pasaba el tiempo, nadie, cualquiera que fuese su ocupación o poder, conseguía entenderse con él de alguna manera. Por otra parte, el estudiante solía hablar siempre con la gente más pobre. Los enfermos, especialmente, se deleitaban en su presencia. Parecía poseer el poder de estimular a los que habían caído en el letargo hasta devolverlos a la vida. Los que estaban en las peores condiciones parecían sentir, cuando él les hablaba, una promesa de alivio para sus sufrimientos.

Un día le preguntó el empleado:

—¿Cómo está el niño?

—Está bien.

—Sin embargo, todavía parece respirar con mucha dificultad.

—Sí, pero vea cómo corretea feliz.

—¿Cómo se las ingenia para protegerle? Cualquier niño de los que he visto estaría consumiéndose miserablemente con semejante mal. ¿Cuál es el poder que le ha dado el ser del que habla?

—No es un poder en el sentido en que usted lo entiende.

—Seguramente debe serlo. ¿No le he seguido a usted fielmente y he hecho todo lo posible para que los más sabios de la ciudad le escuchen? Ya es hora de que

me explique su poder y, si es posible, me deje participar de él.
—No sabe usted lo que me pide.
—Cuéntemelo, se lo ruego.
—Simplemente es esto: cuando me doy cuenta, a través del pensamiento, de la presencia del ser superior, no recibo de él ningún mensaje u orden. Pero descubro que, cuando estoy cerca de algún ser doliente, puedo quitarle parte de su dolor, soportándolo yo mismo. Por consiguiente, lo que hace con nosotros el ser del que hablo en cada momento de nuestras vidas, lo hago yo ocasionalmente y en pequeña escala.
—Pero, ¿qué placer obtiene para que le merezca la pena?
—Ningún placer. Me alegra ver al ser liberado del dolor y vivo en lugar de aletargado.
—¿Quiere usted decir que no hay esperanza?
—Espero que llegará un tiempo en el que tendré un conocimiento más completo del ser del que hablo.
El empleado estaba callado. Después se fue.
Estaba todavía meditando sobre la respuesta a sus preguntas cuando llegó un mensajero del jefe de los consejeros del placer y el dolor, pidiendo entrevistarse con él.
Cuando el empleado fue introducido en presencia del consejero jefe, y se quedó a solas con él, éste último le dijo:
—Me gustaría charlar tranquilamente con usted a propósito de su compañero.
—Estaré encantado.
—Cuando abandonó su oficina y se retiró al campo, no habría previsto interesarse de nuevo por los asuntos de estado, ¿no es cierto?
—Ciertamente no lo esperaba, y no comprendo lo que quiere usted decir con eso de que estoy interesado en asuntos de estado.
—Muy simple. Las continuas deliberaciones, generación tras generación, de los sabios que se reúnen en la cámara del consejo han sido la causa del continuo progreso de los habitantes. Nada hacían de prisa o con violencia, pero las mejoras se sucedían gradualmente. Aparte de esto, cada época ha tenido siempre sus desórdenes. Han surgido ciertas doctrinas que, a veces, tienen buenas intenciones y merecen el aliento; otras veces, no se conoce su importancia y deben ser estudiadas; o son contrarias a la felicidad del estado, y entonces nos incumbe a nosotros la grave responsabilidad de controlarlas. Ahora bien, en su posición, tiene usted más oportunidad que ningún otro de saber la dirección y tendencia de las doctrinas de su compañero. Le he mandado llamar para que comparta conmigo esa grave responsabilidad.
—Me temo no poder ayudarle. Estoy seguro de que no desea causar ningún mal. ¿Qué mal puede haber en sus doctrinas?
—No se trata tanto de sus doctrinas cuanto de otro asunto del que quiero hablarle.

La mayoría de los que han hablado con él están de acuerdo en atribuir a su persona una singular opresión. La expresión fue utilizada incluso por un muy respetable amigo mío: « Me hace sentir como un pelele.» ¿Qué derecho tiene, pues, a infligir semejante sensación a un individuo tan respetable? Quiero preguntarle si ha experimentado usted personalmente esa misma sensación.
El empleado vaciló.
—Al menos, dígame ¿le ha resultado fácil influir en él?
—No. Me temo que no puedo influenciarlo de ninguna manera. Parece carecer de los normales resortes del estímulo.
—¿Diría usted, entonces, que sería ventajoso para la comunidad que muchos de sus miembros llegaran a ser como él? ¿No serían difíciles de gobernar?
—Ciertamente lo serían.
—¿Aumentaría el placer para el resto de los habitantes o para ellos mismos?
—Para ellos mismos no —dijo el empleado, recordando el dolor que soportaba su compañero—. Pero puede ser bueno para el resto de la población.
—Sí —dijo el consejero jefe— ahí es donde radica su fuerza; es un médico muy hábil o un impostor, y tiene a la gente de su parte gracias a las curaciones que ha efectuado. ¿Puede decirme algo acerca de su vida?
—He sabido por él mismo que era un estudiante y estaba exiliado. Y que en su exilio había descubierto las nuevas doctrinas, y había abandonado la localidad en la que estaba sentenciado a permanecer. Me uní a él mientras estaba en camino.
—Sabemos lo suficiente de él y podemos, sobre la base de los reglamentos, obligarlo a volver, y castigarlo por haber abandonado la región a donde había sido desterrado.
—Si tiene usted ese poder, ¿por qué no lo manda volver, si piensa que su desaparición sería mejor para el estado?
—Ah, mi buen amigo, usted ha oído muchas de nuestras deliberaciones públicas desde su puesto en el consejo. Pero ahora que discutimos juntos, debo decirle que hay secretos más profundos en el arte de gobernar que pronto comprenderá. Suponga usted que arrestamos a este individuo y lo expulsamos; la gente no lo consideraría justo. Ahora están de su parte, y dirían que los mecanismos legales habían sido utilizados para deshacerse de él. Naturalmente, si sus partidarios se volvieran violentos, algo por el estilo tendría que hacerse. Pero solamente un decreto podría parecer justo a los ojos del pueblo, y podría cumplirse prudentemente, si fuese necesario, sin atraer sobre él más atención que la que existe actualmente.
El empleado no dijo nada. El consejero jefe prosiguió:
—Siento que nuestra conversación haya avanzado tan poco. Esperaba poder encontrar en usted un sucesor al asiento vacante en la cámara. Sé que posee usted talento para ocuparlo dignamente. Pero antes de seguir adelante es menester alguna prueba de la sabiduría del sucesor. Hasta ahora no ha tenido

usted la oportunidad, pero pensé que en este caso difícil, en el que dispone de mejores perspectivas de observación de las que nadie tuvo jamás, podría haber mostrado su poder mental, confirmando la opinión que de usted tengo. De cualquier modo, sin duda tendrá otra oportunidad en alguna ocasión futura, cuando este asunto tan difícil sea olvidado.

El consejero jefe dio muestras de que la entrevista se estaba acabando, pero el empleado no se fue.

—Lo único que pretendemos —resumió el consejero jefe— es formarnos una opinión, sobre la base de un conocimiento más profundo, acerca de si es probable que este innovador cause más dolor o más placer si consigue que le escuchen. ¿Puede usted aconsejarnos? Cualquier tipo de información sobre su vida interior es valioso, independientemente de sus actividades públicas.

—Hay un hecho singular del que me gustaría hablarle, dado que ha constituido una carga para mí.

El consejero jefe hizo una señal de asentimiento, y el empleado le habló del niño, y de cómo había sido protegido.

—Y con este niño —dijo— pasamos, él y yo, nuestro tiempo libre después del trabajo diario.

—Verdaderamente es una historia curiosa —dijo el consejero jefe—. Ha hecho usted bien en contármela. Estaba seguro de que era usted una persona en cuya discreción se podía confiar. Me ha proporcionado la mejor prueba que podía esperar. Los aspectos de este asunto deben ser meditados detenidamente.

Esa tarde, cuando el empleado entró en la habitación que compartía con el estudiante, éste estaba inclinado sobre el niño con fatigada expresión, pasándole una mano por la espalda. El niño les miró y sonrió. Era completamente feliz, a pesar de los evidentes esfuerzos que hacía para respirar. El estudiante miró a la cara a su compañero. En el mismo momento su agotamiento desapareció, y una luz brillante y ardiente relampagueó en sus ojos.

—Parece usted agobiado, amigo mío. Ya sé que lamenta la forma en que me miran los sabios y demás gente importante que ha traído aquí, y que, por consiguiente, debe apenarle un poco la parcial pérdida de estima que ellos le han mostrado. ¿Puedo ayudarle a soportarlo?

En ese momento se abrió la puerta y entró un mensajero que entregó al empleado un paquete sellado. Al abrirlo vio que era su nombramiento al puesto vacante en la cámara del consejo. Pero su expresión no se avivó. Respondió a su compañero tristemente, y así finalizó el día.

## *Capítulo undécimo*

Al día siguiente el estudiante se levantó temprano y salió solo. No estuvo, como era su costumbre, con la gente, sino que atravesó las calles en dirección al campo

abierto.
En su camino fue detenido por una anciana, agobiada por la edad y sus muchos achaques. No tenía sitio entre toda esa gente, y eran tantos sus dolores y tal la pobreza de su vida, que cualquiera que hubiera pensado en ella se habría admirado de que se mantuviera viva.
La mujer se detuvo y le dijo:
—Maestro, tengo entendido que usted puede hacerse cargo de mi dolor. Ayúdeme.
Pero el joven, mirándola, le respondió:
—No, no puedo, pero tengo un mensaje para ti.
Y ella respondió:
—¿Un mensaje para mí? No conozco a nadie que pueda mandarme un mensaje.
Pero él replicó:
—No obstante, tengo un mensaje para ti de mi señor, el cual me ordena que te dé las gracias.
La mujer respondió:
—No puede ser. Debe haberse equivocado usted.
Pero él dijo:
—No me he equivocado, mi señor le da las gracias.
No podía explicar a la anciana que, según las leyes del valle, el dolor que ella había soportado se lo había ahorrado al rey. En lugar de decirle esto, le dio el mensaje y, de un modo u otro, la anciana le creyó.
El resto del día lo pasó en el campo. Cuando volvió era casi el crepúsculo. En las calles había una insólita animación. Al pasar por la plaza del mercado público vio una multitud reunida; y cuando penetró en su interior descubrió tumbado en el suelo al niño que durante tanto tiempo había cuidado. Lo habían abandonado allí, exponiéndole a la intemperie durante varias horas; la falta de alimento, el miedo, y su sofocante respiración le proporcionaban un lamentable aspecto. En seguida, el estudiante se acercó a él y lo tomó en sus brazos.
—¿Es suyo ese niño? —preguntó uno de los presentes.
—No —contestó el estudiante— pero me cuido de él.
—Entonces es usted el que está trayendo el dolor a todos nosotros —gritaron varias voces desde el fondo.
Y uno exclamó:
—Le conozco. Usted pretende quitar el dolor, y en realidad aporta mucho más, secretamente.
Movida por un sentimiento de indignación hacia el que había provocado tan penoso estado como el que presentaba el niño, la multitud rodeó al estudiante y le impidió escapar. Pero no le pusieron las manos encima. Mientras permanecía junto al niño, éste empezó a recuperar su compostura poco a poco. Pero la multitud, con un brusco movimiento, le arrastró hasta la cámara del consejo. Y

cuando llegaron, exigieron que fuera castigado ese acto cruel y malvado de mantener vivo el dolor.
Casualmente se encontraron allí mismo varios magistrados jefes quienes, obedeciendo los ruegos de la multitud, procedieron en seguida a reunirse. Nadie sabía cómo había ido a parar el niño a las calles, pero el prisionero admitía que se mantenía vivo gracias a él. Los médicos declararon por unanimidad que el niño debía haber sido eliminado nada más nacer. Prácticamente no tenía defensa. Establecida la acusación de subvertir las leyes, la gente reclamó la pena máxima. Los jueces dictaron sentencia contra el estudiante.
Debía morir antes del amanecer.
El estudiante se enfrentó a su destinó sin ningún pesar, incluso con alegría. Había soportado durante bastante tiempo todo el dolor de que era capaz. Contrariamente al príncipe de tiempos pasados, no consideraba que la nada fuera el anhelado fin de la existencia. Sentía la presencia del ser que había percibido a través del pensamiento, y esto le parecía más real que la vida o la muerte.
Al día siguiente, bien por reacción a la excitación de la tarde precedente, o por cualquier otra causa, una insólita calma se extendió por las calles de la ciudad. No se hablaba demasiado acerca de lo acontecido. El sentimiento dominante era la extrañeza de que se hubiera creado tanta conmoción por un asunto tan poco importante. Para la mayoría, antes del próximo atardecer, todas las circunstancias estarían casi olvidadas. Y, sin embargo, por todas partes había personas que sentían profundamente la pérdida de su amigo. La alegría de vivir, el manantial de la vida, parecía desvanecerse. El pobre niño yacía pálido e inmóvil, salvo cuando, a cada momento, boqueaba convulsivamente al respirar. Nadie más que el empleado sentía el abatimiento. El interés y el valor de la vida parecían haber desaparecido. No le importaban sus nuevos honores.
Ese día se esparció por la ciudad una inesperada noticia. El jefe del consejo de las sensaciones había caído en un estado de letargo. Estaba en la flor de la vida. Algo de lo más inesperado. La noticia asombró a todos, pero todavía les asombró más la casi total indiferencia de la gente.
A esas noticias siguieron otras. Muchos de los habitantes de la metrópoli, cuyas vidas eran de las más activas, sucumbieron de repente. El empleado había decidido ir al campo. Pero llegaron noticias de que también los trabajadores más pobres, y los que estaban expuestos a la fatiga de largos viajes o a la intemperie, caían en muchos casos en el letargo. La ola de apatía parecía invadir todo el valle, no se limitaba a la metrópoli. Las clases prósperas y desocupadas eran, comparativamente, las únicas que no se veían afectadas. Se dedicaban a acumular cosas agradables para uso propio, y así restituían la natural primavera de la vida, que amenazaba con abandonarles.
En los confines del valle, donde la hondonada había excavado gran abismo entre esta tierra y aquélla, se extendía, vasta e infinita como el mar, la llanura de

donde había venido el rey. La luz de la luna le daba un tinte gris plateado, y gradualmente las rocas, difícilmente distinguibles del terreno en el que brotaban, proyectaban oscuras sombras sobre los bordes más próximos, mostrando sus agudos contornos.

En medio de aquel torbellino flotaban los débiles sones de un caramillo, que arrebataban el alma con la dulzura de una melodía espectral, que era como el reclamo de una tierra lejana e inalcanzable.

Y cuando la fuente de los sonidos apareció ante sus ojos, vio una vez más, solitario en la despoblada inmensidad, al devoto amigo del rey, el mismo anciano que antes le había aclamado. La música se fue apagando paulatinamente hasta que, al fin, se hizo el silencio más absoluto. Entonces apareció una figura en el borde del valle. Avanzó y pareció contemplar el abismo, permaneciendo inmóvil y preocupado. Finalmente habló:

—¿Has estado allí?

—Sí, oh rey, ¿qué quieres? ¿Estás cansado?

No hubo respuesta.

Entonces habló el anciano.

—Contempla los caminos que se extienden blancos y deslumbrantes bajo la luz de la luna; contempla los campos, las aldeas; observa en lontananza los grandes muros del palacio. ¿No han sido levantados por ti, oh rey?

El rey, entonces, contestó:

—Estoy cansado.

Súbitamente, el anciano sacó su caramillo y se lo llevó a los labios con las dos manos. Resonaron oleadas de sonidos triunfantes. Pudieron oírse grandiosas armonías de marchas nacionales, generosas notas de ilimitada alegría.

Entonces, atajando por un sendero desconocido, el anciano llegó junto al rey y se detuvo a su lado. Al cabo de un rato, ambos se pusieron en movimiento y atravesaron el valle por una senda secreta en dirección para mí desconocida.

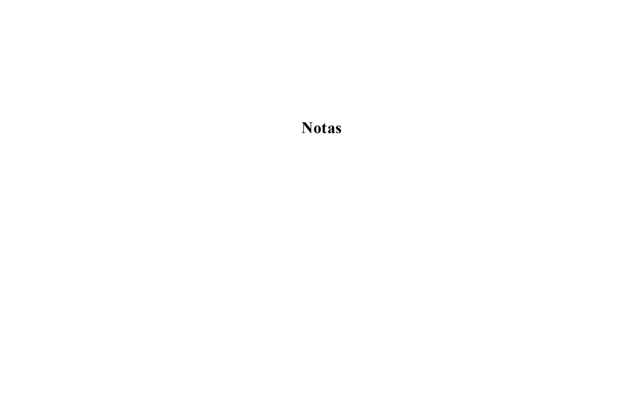
Apenas el rey hubo abandonado el valle, los seres que lo habitaban comenzaron a caer en el mismo estado letárgico en que estaban sumidos los que había encontrado al principio. Los primeros en caer fueron aquellos cuyas vidas soportaban una mayor tensión laboral o mental, pues ellos eran los primeros en sentir la falta de alguien que desde fuera asumiera parte de su dolor, proporcionándoles un excedente de placer. Y así, tan lentamente como se agotaba el goce acumulado, una helada muerte en vida se deslizó por toda la tierra. Es inútil indagar acerca del destino de los habitantes, pues cada uno de ellos fue víctima de la misma calamidad que se abatió sobre todos. Las manos olvidaron su destreza. El bullicioso murmullo de la actividad en las calles fue acallado. En el campo, los cuerpos que a duras penas se arrastraban, acabaron por inmovilizarse. En todas partes reinaba un silencio ininterrumpido, como si todos los habitantes se hubieran ido a una gran fiesta. Pero nadie recuperaba la

vida. No había ningún ojo vigilante, ni ninguna mano dispuesta a acabar con la sutil pero constante acción de la ruina y el decaimiento. Los caminos se cubrieron de hierba, la tierra invadió los edificios, hasta que, con el lento desgaste del correr del tiempo, todo quedó enterrado: casas, campos y ciudades desaparecieron, sin dejar finalmente ninguna huella de su paso.



CHARLES HOWARD HINTON (1853-1907) fue un matemático británico, escritor de ciencia ficción e interesado en la cuarta dimensión.

En sus especulaciones se remonta a Parménides, Platón y Aristóteles. De Platón aprovecha su famoso mito (República, libro VII), que cuenta cómo unos hombres encadenados en una caverna perciben sólo sus sombras y las de otros objetos proyectadas sobre la pared a la que miran forzada y continuamente. Uno de ellos logra salir de la cueva, contempla el mundo real y comprueba cuán distinto es de lo que ha visto hasta entonces. Lo mismo hace el filósofo, elevándose al mundo de las ideas, más grande y más real que el percibido por los sentidos; un mundo en el que todo lo que nos afecta no es pasajero y transitorio, sino eterno.



**Notas**

[1] Henry Thomas Buckle (1821-62), historiador «filosófico», autor de la ambiciosa e inconclusa *History of Civilization in England*, en donde critica los métodos clásicos y aboga por la adopción de bases más científicas, como el clima, el suelo, etc. (N. del T.) <<

[2] Véase el *Apéndice*. <<